



La verdad
— tras los —
secretos

CINTIA JIMÉNEZ

La verdad tras los secretos

Cintia Jiménez Morlán

La verdad tras los secretos

Primera edición digital: abril, 2019

© 2018, Cintia Jiménez Morlán

Diseño de portada: Edith Escalera Manzano

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o formato, sin el permiso previo y por escrito de la titular del *copyright*.

Para todos los que me dijeron que sí se podía.

Índice

[La verdad tras los secretos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Capítulo 1

En el interior de la casa sólo se escucha la respiración agitada de un hombre. Hay un momento de tensión que se extiende por segundos interminables y, cuando Samuel fija la mirada en su hijo, en sus ojos sólo hay horror.

A unos pasos de él, el niño de unos diez años mantiene la mirada fija en el piso de piedra. Aunque permanece en un estoico silencio, su cuerpo menudo y pequeño tiembla de manera casi imperceptible. Escucha los pasos de Samuel acercándose hasta él y evita verlo directamente a los ojos, porque sabe que la ira de aquel hombre es impredecible. De sus labios sólo sale un gemido lastimero cuando el movimiento brusco con el que Samuel lo gira hacia él, sacude su pequeño cuerpo de pies a cabeza.

—¿Qué dijiste? —pregunta su padre. El niño permanece en silencio—. Dime: ¿qué fue lo que dijiste?

El niño cierra los ojos con fuerza y se encoge en el lugar en el que está. Siente la mirada de su padre fija en él, pero aún no se atreve a encararlo. En la oscuridad que le proveen sus ojos cerrados, percibe el aroma que emana del cuerpo de su padre, a alcohol y sudor de días, y por un segundo, piensa que aquel aroma es idéntico al de los hombres que pasan el día entero en las banquetas, bebiendo botella tras botella. Los mismos hombres de quienes Samuel se quejaba antes de lo que ocurrió en su familia, antes de que todo cambiara. Antes de lo que pasó con su madre.

El golpe en la mejilla no lo toma por sorpresa, pues era algo que el niño esperaba; es más, era algo que sabía que estaba por ocurrir. El sabor de la sangre, por otro lado, sí es algo nuevo y eso lo distrae por un instante. No lo suficiente.

Aún escucha la voz de su padre repetir la pregunta, ahora a escasos centímetros de su rostro. Su aliento de olor rancio le revuelve el estómago y el pequeño traga saliva con dificultad; el sabor de la sangre no ayuda mucho con las náuseas.

—¡No te quedes callado! ¿Qué mierda dijiste? —Otra sacudida a su cuerpo menudo—. ¡Habla!

—Vas a morir mañana.

El otro golpe tampoco es una sorpresa. Renato sabe que, al día siguiente, la hinchazón en el lado derecho del rostro no le permitirá comer como se debe. Sería un problema si tuviera algo para comer, pero sabe que no lo tendrá.

Con un pragmatismo que otros niños no tienen piensa que, al menos, es una ventaja no tener nada qué comer cuando la boca no se encuentra en las mejores condiciones para usarse de aquella manera.

No pierde el tiempo pensando en qué hará después: ya habrá tiempo para eso. También piensa en que es bueno que en su piel oscura no se noten tanto los golpes, pues así podrá pasar desapercibido.

Samuel suelta una carcajada socarrona, incrédulo.

—¿Y por qué voy a morir mañana, ah?

—Porque bebes.

La risa de Samuel hace retumbar las paredes de la pequeña casa. Renato levanta la mirada finalmente y lo ve con atención, casi con curiosidad. Ve a su padre, ese hombre que sobrio sería incapaz de ponerle una mano encima. Al mismo tiempo, ve a aquel hombre que tiene frente a él, un extraño que no ha dejado de beber desde que su esposa murió dos meses atrás al intentar dar a luz a un bebé que ya estaba muerto. El hermano que Renato nunca tuvo.

—¿Ves esto? —pregunta Samuel agitando violentamente una botella aún con la mitad de su contenido—. Esto no es suficiente para matar a un hombre como yo.

Como si quisiera probar un punto, lleva la botella a su boca y le da dos tragos largos que le quemarían la garganta a cualquiera. Samuel, no obstante, está demasiado ebrio de alcohol y dolor como para sentir la quemazón. Después de beber, lo único que sale de su boca es otra risa que poco a poco se vuelve amarga, llena de recuerdos y pensamientos no lo han abandonado en días, mucho menos con el niño ahí presente.

Renato no deja de mirarlo, estudia su rostro contorsionado por la risa y que no es nada como el rostro del hombre que abrazaba a su madre a todas horas, que cantaba a todo pulmón sin importarle desafinar o que le prometía enseñarle a surfear en cuanto tuviera más edad. Su mirada recorre el cuerpo flaco por el exceso de alcohol y la falta de buena comida; ve su piel oscura y ceniza, el cabello encanecido a sus apenas treinta y cinco años. El corazón se le estruja y siente pena por él. Quisiera odiarlo, sentir rencor por los golpes y por los insultos, pero no es capaz de hacerlo, porque una parte suya lo

comprende. Y no debería, pero a sus casi diez años comprende más de lo que muchas personas adultas apenas pueden imaginar.

Renato continúa con su escrutinio hasta que sus ojos verdes se encuentran con los negros de su padre y la risa de éste se apaga poco a poco. Pronto, el silencio consume el interior de la casa por segunda ocasión.

—No me mires así —murmura el hombre. Arrastra las palabras, así como tiene que arrastrarse hasta una silla cercana y donde se deja caer pesadamente—. No me mires así —repite con agresividad—. Odio tus ojos. Tus malditos ojos endemoniados. ¿Qué miras? ¿Qué miras con esos ojos de diablo? Porque eso eres, ¡eso eres! No eres mi hijo, ¡no eres mi hijo!

Renato se encoge cuando la botella de ron se estrella contra el piso, a menos de un metro de donde él se encuentra. El alcohol salpica sus pies. Samuel cubre su rostro con ambas manos mientras murmura más cosas sobre el demonio que tiene por hijo, con sus ojos de color verde intenso, que emiten un brillo demoniaco. Ojos de diablo que te miran el alma directamente y Dios, ¿por qué? ¿Por qué me hiciste tener un hijo así? Porque ese hijo, ese monstruo como lo ve él, es el culpable de que su esposa y su bebé murieran. ¿Qué otra explicación existe? ¿No fue el niño, el diablo, quien predijo lo que iba a ocurrir? ¿No salieron las palabras de su boca todos esos meses atrás? *Mamá, mi hermano está muerto. Mamá, tú también vas a morir.*

Renato aguarda en silencio. Quisiera ser más fuerte, fingir que aquellas palabras que ha escuchado desde que su madre murió no duelen tanto como lo hacen, pero aún es un niño. Las circunstancias no lo vuelven un niño como otros, es cierto, pero por mucho que comprenda y por más que sepa más que muchos adultos, sigue siendo un niño nada más. Aunque su rostro permanece sereno, resignado casi, las lágrimas corren por sus mejillas y su pecho sube y baja con su respiración entrecortada.

Al cabo de un rato, los murmullos cesan y el cuerpo de Samuel queda inmóvil, sumido en un sueño profundo del que no despertará.

El ruido ha sido escuchado por los vecinos, pero no es la primera vez que Samuel rompe cosas dentro de su casa, y todos saben que a ese hombre es mejor dejarlo solo, en especial cuando tiene al diablo por hijo. Porque todos en el pueblo lo saben: que en esa familia vive un niño endemoniado. Así que nadie se acerca. Nadie acude a la casa para preguntar qué ha sido el ruido y como no hay testigos, nadie se preocupará por Renato, ni siquiera cuando lo vean vagar solo por las calles aledañas durante los siguientes días.

Días después, cuando encuentren el cadáver de Samuel, Renato estará lo suficientemente lejos y no tendrá que escuchar las acusaciones hechas en su contra. No escuchará a los vecinos hablar sobre el diablo que mató a su propia familia y desapareció a mitad de la noche.

El niño se limpia las lágrimas con el dorso de la mano y busca algo con qué cubrir a su padre, quien ahora ronca ajeno a sus movimientos. Después recorre la casa con un morral en mano y guarda sólo lo indispensable: el último trozo de pan, algo de ropa y el poco dinero que queda en el cajón junto a la cama en la que madre y padre dormían juntos. Toma un cuaderno con las direcciones y los teléfonos de algunos familiares, y el collar favorito de su madre. No espera a que oscurezca, simplemente sale de la casa sin preocuparse por hacer ruido, porque Samuel está tan dormido y tan borracho que no es necesario tener cuidado.

No volverá a ver su padre y aunque en el futuro piense en él, sabrá que aquel hombre hace mucho tiempo que está muerto por culpa del alcohol.

Renato abre los ojos cuando siente el sol colarse por su ventana. Se mueve en la hamaca buscando una posición lo suficientemente cómoda como para que su cuerpo vuelva a relajarse hasta el punto de la inconsciencia, pero es inútil: el recuerdo visto en sueños es razón suficiente para no conciliar el sueño una vez más. Ha pasado más de una década y el rostro de su padre al desconocerlo aún es la pieza clave de las pesadillas que no lo dejan en paz.

Parpadea un par de veces para acostumbrarse a la luz que poco a poco ilumina el interior de su hogar y se levanta. El sonido de las olas al romper contra la playa lo acompaña durante la rutina de todas las mañanas y, algunas horas después, simplemente se echa sobre la arena debajo de una palmera, con los ojos cerrados.

Aunque no duerme, sí dedica su tiempo a pensar. Sus recuerdos lo acechan con más fuerza después de que sueña con ellos y sabe que es inútil escapar de ellos. A veces es mejor no hacer nada al respecto y esperar a que otro acontecimiento le haga olvidar.

Al atardecer, escucha un auto acercarse por el camino que lleva a su casa. Lentamente se pone de pie y camina hasta el encuentro del recién llegado; éste duda antes de acercarse a él, pero finalmente lo hace, igual que

todos los que lo visitan. Es un hombre joven, alto y rubio que se dirige a él en francés. Renato responde en voz baja y le hace señas para que lo siga al interior de su casa.

Lo que ocurre después es también parte de la rutina. El hombre pregunta, Renato responde. El hombre acepta la respuesta, Renato toma su pago. Ahora sabe que aquel hombre llamado Liam regresará a su casa en Canadá y tendrá una larga vida junto a su familia. Sabe que escribirá algunos libros que lo volverán relativamente famoso entre los conocedores y aficionados a la ciencia ficción. Sabe, también, que su trabajo más ambicioso se quedará inconcluso.

Mientras el auto se pierde a lo lejos y mientras Liam se aleja con un peso menos en el alma tras saber la respuesta a sus preguntas, Renato regresa al interior de la casa. Prepara algo rápido para cenar y tras unas horas, se recuesta una vez más.

Al día siguiente recibirá a otra persona, una mujer y su hermano. Aún no sabe cuál es la situación que ha llevado a ambos a buscarle en aquella zona alejada de las ciudades y hasta de los poblados pequeños, pero no se extraña. Todos los que van hasta su casa a verlo, lo hacen con un objetivo en mente, y aquellos dos no tendrán por qué ser la excepción. Después de todo, quienes lo buscan sólo quieren que él les diga lo que sabe.

Renato sabe muchas cosas, siempre las ha sabido. Sabe cosas sencillas que nadie le ha enseñado, y también otras más complicadas, que la mayoría de las personas desconocen. Es lo que le ha brindado el apodo de “brujo conocedor de secretos”. Si es un don, un poder o una maldición, aún no lo tiene claro, no después de tantos años, ni después de tantas visitas y tantas preguntas respondidas.

En el interior de la choza que es su hogar, Renato escucha el vaivén de las olas. Deja que sean éstas quienes lo acompañen en el silencio de la noche y espera a que el sueño lo domine poco a poco. Sus propios sueños, su vida misma incluso, están más allá del poder que posee y no tiene claro si volverá a soñar con su padre y la última vez que lo vio, o si en su mente aparecerán imágenes pertenecientes a otras personas con vidas tal vez no mejores, pero sí completamente diferentes a la suya.

No hay un reloj que indique a qué hora se queda dormido, pues en su casa el tiempo no existe. Mientras duerme, en su mente aparecen algunas imágenes a las que no le dará importancia a la mañana siguiente: un gato negro y una

ventana por la que se cuele el sol.

—¿Tú eres el brujo?

Renato se toma su tiempo antes de responder. Examina a la joven que tiene al frente, pasea la mirada por su rostro moreno, sus ojos marrones, la nariz chata y los labios carnosos. Sigue por su cuello largo, los pechos grandes, el medallón de oro que descansa sobre ellos; la cintura estrecha, sus caderas anchas y las piernas esbeltas. Ve frente a él a una mujer hermosa y joven que llegó a él por desesperación, como muchas otras personas que acuden a su casa desde todas partes del mundo.

A unos metros, un joven alto y fornido espera junto a un auto viejo. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y mira atentamente cada movimiento de Renato. Éste sabe que no dudará en lanzarse contra él si se atreve a hacerle algo a su hermana menor.

—¿Eres el brujo? —vuelve a preguntar ella. En su voz hay un temblor mal disfrazado por el miedo; a pesar de eso, se mantiene serena. Renato responde al fin:

—Y tú eres Luisa.

Ella se sobresalta y da un paso atrás antes de recuperar la compostura y encararlo nuevamente. Se yergue todo lo alta que es, aunque Renato aún le saca unos centímetros. Con la frente en alto se acerca a él una vez más. El movimiento es seguido por Renato, quien en momentos luce no tanto como un hombre, sino como un ser sobrenatural, un depredador que observa a su presa con sus ojos verdes de los que emana un brillo espectral, con esa mirada penetrante que parece recorrer cada centímetro del alma ajena.

—Sí, soy Luisa.

Por un momento, ambos guardan silencio. Después, como impulsada por un poder oculto, ella levanta la barbilla, digna, y encara a Renato.

—Vine aquí porque escuché los rumores que hay sobre ti. Eres famoso por ello: me dijeron que tú puedes responder a cualquier pregunta y yo quiero... —Hace una pausa, como si en ese suspiro pasara por su mente todo lo que la ha llevado hasta ese lugar—. Yo sólo quiero saber.

—Como todos los que vienen a verme —responde Renato. Su voz es cansada, casi triste, porque lo que la mujer va a preguntar es algo cuya

respuesta ya conoce y sólo pierde su tiempo al buscar palabras distintas a la verdad.

Ella no percibe el tono de su voz, o si lo hace, prefiere ignorarlo. Lleva las manos al pecho, en donde descansa el medallón que mira con pena por unos segundos antes de quitárselo y entregárselo a Renato. Aunque hay dolor en su mirada, porque separarse de ese medallón es lo último que quiere, su rostro es serio y decidido.

—Te lo dio el hombre que amas —dice él.

Ella aprieta el puño de su mano que está libre y sostiene la mirada de Renato.

—Es lo único que tengo.

Renato quiere decirle que eso no es verdad, que tiene muchas cosas más valiosas y que no son materiales, pero sabe que eso no es lo que ella quiere escuchar. Mira el medallón y luego la mira a ella, que no duda y le sostiene la mirada como pocas personas lo hacen porque en su mirada se refleja todo y no se refleja nada: es una mirada que todos rehúyen, aunque sientan curiosidad por conocer todos los secretos que guardan sus ojos de brujo conocedor. Renato suspira y le indica que lo siga.

Luisa duda un momento, pero finalmente mira atrás y le hace señas a su hermano para que la espere. Es evidente que aquel joven no quiere esperar fuera y lejos de donde pueda protegerla mientras ella entra a la cabaña del famoso brujo conocedor, pero lo hace, dispuesto a interrumpir si tarda más de lo que a su parecer sea razonable. Renato no lo sabe gracias a su poder, sino por una capacidad de observación desarrollada con el paso de los años y también por un poco de sentido común.

Una vez dentro, Renato le indica a Luisa que tome asiento en la única silla que tiene disponible. Ella pasea la mirada por el interior de su casa, sorprendida por los escasos muebles, por la austeridad que reina en aquel lugar que Renato ha vuelto su castillo. Quiere preguntar muchas cosas respecto a lo que la rodea, pero se contiene: no tiene idea de cuántas preguntas puede hacer antes de que el brujo la eche de su casa.

Por un momento Renato está tentado a reír por lo absurdo de la situación. Después de todo, él no es una especie de genio encerrado en una lámpara que cumpla sólo tres deseos, o un ogro que se coma a cualquiera que entre en su casa, aunque muchos de sus visitantes se han encargado de hacer creer a otros que eso ocurre. Es sólo un hombre que tiene la fortuna y la desgracia de saber

más de lo que el resto del mundo sabe.

—¿Qué es lo que quieres saber? —pregunta finalmente. Luisa levanta el rostro mientras gotas de sudor se deslizan por su frente y se acumulan en su cuello.

—Estoy enferma.

—Lo sé.

Hay un momento de silencio en el cual los dos se miran fijamente.

—¿Existe cura para lo que tengo?

—Sí. —Ella levanta la mirada. Renato no duda al seguir—: Pero sabes que tu cáncer está demasiado avanzado. Puedes intentar un tratamiento, puedes ir a hospitales y ver a los mejores médicos. No hay cura para ti.

—¿Cuánto tiempo me queda de vida?

—Un año, siete meses y trece días.

No es la primera vez que se encuentra con un caso similar y, a pesar de ello, a Renato no deja de sorprenderle la fuerza de los seres humanos. Ve un abanico de emociones reflejarse en ese rostro: sorpresa, enfado, pena, desolación, miedo y, finalmente, aceptación.

Ella suspira.

—Mi familia quiere llevarme al extranjero porque creen que en otro país sí podrán curarme —explica—. El tratamiento es costoso, el viaje también, y es más de lo que tenemos, pero tienen esperanza.

—A veces lo mejor que puede tener una persona es eso: esperanza.

Luisa asiente en silencio.

—Y a veces —continúa Renato—, esa esperanza es lo único que te mantiene cuerdo, y lo único que te mantiene entero incluso si las cosas no resultan como esperabas.

—Pero yo ya no tengo esperanza —replica ella y, en ese momento, toda la tranquilidad, la calma y la entereza con la que se ha comportado, se derrumba y las emociones fluyen a través de ella.

Renato deja que lllore por unos minutos que no son sino las horas que ella ha guardado el llanto, horas acumuladas de dolor, de angustia y de enojo: porque es joven, apenas veinte años, y tiene planes, deseos que quiere cumplir, sueños que quiere alcanzar. Es joven y tan injusto que su vida de pronto se vea reducida sólo a recuerdos y deseos, promesas rotas, palabras no dichas, sueños no concretados y metas no alcanzadas.

—Tú no, pero tu familia sí.

Luisa comprende entonces que la esperanza no es para mantenerla cuerda y entera a ella, sino para que su familia no piense que no se hizo nada por salvarla. Decirles o no sobre la respuesta de Renato es algo que ella deberá decidir por sí misma, y él sabe que la joven se irá a la tumba sin decir la verdad completa, por el bien de su familia.

La joven limpia su rostro con las manos y aguarda un poco mientras su respiración recupera su ritmo normal y el nudo eterno que lleva en la garganta cede un poco. Se yergue en el asiento, con toda la fuerza que sólo poseen los que no tienen cura, y busca la mirada de Renato una vez más. Extiende la mano con el medallón.

—Me dicen que debo pagarte.

—Sí —responde él—, pero mi trabajo no se paga con cosas materiales. Ponte de pie.

Ella lo hace sin dudar y se acerca a Renato, que extiende su mano hacia ella. Luisa la toma y aunque la tensión en su cuerpo es evidente, no dice nada ni intenta huir cuando Renato junta su frente a la de ella y cierra los ojos. Luisa se estremece y toma aire como si estuviera a punto de ahogarse cuando Renato toma algo de ella. Así se siente: como si el brujo le quitara algo sin quitarle nada al mismo tiempo. Tiene un momento de confusión que cede poco a poco cuando Renato abre los ojos y da un paso hacia atrás, soltándola suavemente.

El brujo le da la espalda y cuando regresa, apenas unos minutos después, lo hace con un vaso lleno de agua que Luisa bebe a tragos largos y pausados.

—¿Qué hiciste? —pregunta ella al final.

—Tomé mi pago.

—¿Y qué fue?

—Algo que tú sabes y que ahora yo también sé, y que me une al conocimiento de otros en una red infinita de saberes.

Luisa asiente sin comprender del todo lo que Renato quiere decir, pero si eso significa que su pago ha sido reclamado y que el servicio por las respuestas ha concluido, entonces no tiene queja alguna. Se pone de pie y deja el vaso sobre la mesa cercana.

—¿Es todo lo que quieres saber? —pregunta Renato cuando ella hace amago de caminar hacia la puerta. Luisa se detiene; Renato la ve dudar.

Muchos no lo piensan dos veces antes de hacer más preguntas, pero ella es distinta.

—Quiero saber mucho más —responde ella finalmente—. Pero creo que

este mundo es mejor si no sabes tanto, brujo.

Sin decir más, abre la puerta y sale al encuentro de su hermano. En silencio, los dos caminan hacia el auto viejo. El joven mira hacia la casa de Renato y huye su mirada cuando descubre que el brujo los observa a través de la ventana. El auto echa humo, las llantas rechinan y pronto, no son más que un rastro de tierra sobre la carretera. Cuando Renato mira en el interior de su casa, descubre el medallón de Luisa sobre la mesa.

Capítulo 2

Renato no se sorprende cuando alguien llama a su puerta un par de semanas después de la visita de Luisa. Con pasos ligeros se acerca a ella y la abre, encontrándose con un hombre casi de su misma altura que le mira de arriba abajo con incredulidad, algo que tampoco lo sorprende. Para Renato no es extraño que muchas personas le miren así, porque no tiene cara de brujo ni responde a las descripciones que muchos hacen de él. Es consciente de prácticamente todo lo que la gente dice, descripciones, historias y mitos incluidos; algunas de esas historias las inició el mismo un par de años atrás.

Mantiene su silencio, se hace a un lado y deja que el extraño entre en su casa. En sólo dos segundos, Renato sabe algo de él; muy poco, no lo suficiente. Siente un escalofrío.

—Así que tú eres el famoso brujo conocedor —dice el hombre cuando ambos están dentro de la casa y una vez que ha cerrado la puerta.

—Y tú eres Gregorio —responde Renato viéndolo con tranquilidad. El chico demuestra sorpresa inmediata.

—¿Cómo lo...?

—Yo sé muchas cosas, Gregorio Estévez. —Le interrumpe Renato sin cambiar por un momento el tono de su voz—. Y sé que vienes porque quieres saber algo. No estarías aquí si no fuera así. Decirte lo que quieres saber, no obstante, tiene un precio.

Gregorio frunce el ceño, tal vez es por molestia, porque no está acostumbrado a que le hablen de esa manera; en especial cuando se trata de un completo extraño que, brujo o no, no deja de ser eso para él: un extraño. O puede que sólo esté desconcertado porque Renato no es como esperaba que fuera. No tiene tres ojos ni viste un traje tradicional, y su casa, si es que se le puede llamar así, es más bien el refugio de un indigente. Gregorio ve frente a él a un hombre a quien podría encontrarse en la calle y al que no voltaría a ver dos veces de no ser por sus ojos verdes y su mirada penetrante.

—Quieres saber algo a cambio —dice al fin.

Renato lo examina detenidamente; entrecierra un poco los ojos en un esfuerzo inesperado por ver más allá de lo que le dice la coraza del hombre frente a él.

—De acuerdo —asiente Gregorio—. Te diré lo que quieras saber. Pregunta y yo respondo.

Renato sonrío un poco.

—Las cosas no funcionan así.

—¿No?

—No.

Antes de que Gregorio pueda siquiera pensar en formular una nueva pregunta, Renato se adelanta un paso y con la tranquilidad que lo acompaña todo el tiempo, responde la pregunta que ha llevado al otro a buscar a su casa:

—No se casará contigo. Parte mañana mismo a otro país, llevada por su familia, sí, pero sin negarse a lo que ellos desean. Se va para no regresar nunca. No sabrás de ella durante mucho tiempo. El anillo ya lo ha dejado en un cajón de su casa, ese cajón que está junto a la cama. También deja el medallón que le obsequiaste.

Hay un silencio tan distinto al que Renato acostumbra, porque siente la tensión del momento, y el hombre frente a él es como una bomba de tiempo.

La noticia sorprende a Gregorio, es evidente por su mirada que está en algún punto entre la pared y la eternidad, por los puños apretados a cada lado de su cuerpo y listos para soltar un golpe si es necesario. Tiene la mandíbula tensa como si hiciera un esfuerzo sobrehumano por no gritar en ese instante. Posiblemente eso es lo que ocurre. Gregorio da media vuelta y está por salir de la casa cuando Renato lo inmoviliza con dos palabras:

—Mi pago.

Gregorio se detiene de golpe y en un segundo eterno (quizá en lo que tarda en pensar si vale la pena ignorar al brujo y huir de su casa), voltea una vez más para encarar a Renato con enfado.

—¿Qué quieres saber?

Renato acorta la distancia una vez más, quedando ambos frente a frente. Clava su mirada en la del otro hasta que Gregorio se incomoda por sus ojos verdes. Sin cortar el contacto visual, Renato lleva ambas manos a las sienes del otro y toma su pago. Gregorio se estremece, se aleja de él y al dar un paso atrás, cae al piso. Renato lo mira desde arriba y pronto le da la espalda también, dirigiéndose hacia el lado opuesto de la casa.

—Puedes irte.

Murmurando una maldición, Gregorio se pone de pie y sale de la casa. La puerta se queda abierta después de su partida. Desde el interior, Renato

observa con cuidado el andar del joven hasta que llega a la carretera y se pierde por ella. Al cabo de unos minutos, Renato se acerca a su puerta y mientras la cierra con delicadeza, sonríe.

Estévez regresa dos semanas después. Renato lo ve mientras se acerca por el camino y abre la puerta justo cuando el otro est  a punto de llamar a ella; sonríe al encontrarse con la expresión de sorpresa de Gregorio, que incluso da un respingo al ver de frente y tan de pronto al brujo. Estévez carraspea con nerviosismo mal disimulado, se cruza de brazos mientras levanta el rostro y mira a Renato.

—No es usual que la misma persona me visite más de una vez en tan poco tiempo —dice este último.

—“Usual” no es una palabra que la gente use para describirme — responde Gregorio. Renato lo mira en silencio por un par de segundos y, finalmente, se hace a un lado para dejarlo entrar, curioso ante su presencia.

Estévez entra en la casa y examina lo que le rodea con una atención que no le brindó la vez anterior. Observa la mesa de madera con su única silla, el taburete en una esquina y la hamaca que cuelga junto a la ventana. Se enfoca un momento en las herramientas que están sobre la mesa, como si quisiera entender qué hacen ahí, pero parecen no ser tan importantes en ese momento. Su mirada se posa por más tiempo del necesario en una caja de madera que hay en una esquina. Aquella caja está llena de recuerdos de y para Renato, recuerdos propios y ajenos, y es la posesión más preciada del brujo.

Por un instante, Renato est  tentado a colocarse frente a ella y así evitar que el otro siga observándola, porque es privada y es suya; pero pronto desecha el pensamiento, pues Estévez se adentra más en el interior de la casa.

Es evidente el desdén de Gregorio al examinar aquel lugar, pero Renato opta por no hacer comentarios al respecto. Por su parte, él también observa al recién llegado. Presta especial atención a sus hombros expuestos por la camiseta sin mangas y sus brazos fuertes. Se percata de la tensión en su cuerpo, que es distinta a la de la vez anterior. Si aquélla fue por lo que estaba por escuchar acerca de Luisa, ésta es la tensión propia de la incertidumbre hacia Renato.

Gregorio voltea a verlo una vez más y Renato no pierde el tiempo en aparentar que durante todo ese tiempo su atención ha estado fija en otra cosa. Hay un duelo de miradas que dura sólo unos segundos hasta que Gregorio pone los ojos en blanco y se dirige a la silla junto a la mesa. No pronuncia palabra

alguna, simplemente se sienta, cruza los brazos detrás de la cabeza y permanece ahí, en silencio.

—¿Y? ¿Qué más me puedes decir? —pregunta al cabo de un rato.

—¿Respecto a qué? —responde Renato. El otro se encoge de hombros con aire despreocupado.

—No lo sé. Dime tú. Tú eres el brujo, ¿no?

—Eso depende de a qué te refieres cuando me llamas así.

Gregorio vuelve a entornar la mirada. Descruza los brazos, que apoya sobre la mesa, y se inclina un poco hacia adelante como si con la actitud quisiera intimidar a Renato. De más está decir que Renato no se siente intimidado por él, aunque es obvio que Gregorio tiene la fuerza para someterlo en cualquier momento.

Más que intimidado, Renato siente curiosidad por la segunda visita. No es extraño que las personas que lo visitan regresen en algún momento, pero cuando lo hacen siempre van directo al grano. Nunca hay charlas previas a lo que atañe, ni preguntas más allá de las que todos los visitantes planean con tiempo, como una estrategia militar pensada para acercarse al enemigo sin salir herido.

—Todos dicen que eres el “brujo conocedor de secretos”—sigue Gregorio—, así que supongo que no debo decirte a qué he venido aquí. Por eso, haré precisamente lo que quiero hacer y no diré más que eso, pues el de las explicaciones eres tú.

—Podría hacer algo para que dejes mi casa de inmediato y no regreses jamás, ¿sabes?

Renato miente, pero Estévez se tensa ante el comentario. Se yergue en el asiento en un solo movimiento, como si hubiera sufrido una descarga eléctrica, y fija su mirada en Renato. La incertidumbre es evidente en cada gesto suyo, en cada movimiento prácticamente mecánico. De pronto, es como si su respiración y cada espasmo de su cuerpo dejaran de ser algo involuntario para convertirse en procesos que requieren una total atención. Observa a Renato con cautela, sigue sus movimientos y está listo para pelear o correr si la situación lo amerita.

Renato lo mira, sonrío y finalmente, le da la espalda, totalmente despreocupado ante su presencia. Camina hasta su hamaca, sube en ella y se acomoda para tomar una siesta.

Despierta un par de horas después, con el sol casi ocultándose en el

horizonte, y descubre que Estévez continúa en su casa. Está apoyado en la mesa, profundamente dormido. A Renato no le preocupa su presencia, no posee nada de valor que pueda robarle, y si hubiera querido hacerle daño, seguramente lo habría atacado mientras dormía.

Sin hacer ruido, Renato se acerca a él y lo examina aún más de cerca. Nota la ropa que se le pega al cuerpo, húmeda por el calor, y alcanza a percibir su aroma a sudor. Con más curiosidad que cautela —pues, ¿qué tiene que temer un hombre como él, un brujo a ojos de los demás?— camina alrededor del intruso. Estévez se nota tenso incluso en sueños. Renato tiene la impresión de que, si lo toca, Gregorio saltará directo a la yugular como un animal feroz acorralado. En vez de arriesgarse, vuelve a ignorar la presencia del hombre y sale de la casa.

El sol está pronto a ponerse. Renato camina por la arena hasta la playa y se sienta ahí, frente al mar. La brisa refresca su cuerpo y con gusto, respira el aroma del mar, que lo relaja y podría provocarle sueño una vez más, pues si en algo es experto, es en dormir durante el día. Al cabo de un rato, se recuesta en la arena con los brazos cruzados detrás de la cabeza y observa el cielo mientras pasa de los tonos rojizos al azul y, poco a poco, al negro acompañado de estrellas. Con la mente en blanco y la mirada fija en el firmamento, Renato simplemente se limita a observar.

Horas más tarde regresa a casa y descubre que su visitante se ha ido. El interior está como al despertar; para su sorpresa, Gregorio incluso se tomó la molestia de acomodar la silla antes de irse y dejar la puerta cerrada. Nuevamente, no es como si eso importara demasiado, pues nadie se atrevería a entrar a la casa del brujo conocedor de secretos así nada más, aun cuando la puerta se encontrase abierta.

Excepto, claro está, Gregorio Estévez.

Unos días después, Renato va al pueblo a comprar algunas cosas necesarias: algo de comida, jabón y también esos cigarros importados que constituyen su único vicio y placer. Camina sin preocuparse por las personas que le rodean y sin prestar atención las miradas que recibe. No importa cuántas veces lo vean en sus visitas esporádicas al pueblo, nunca dejan de señalarlo y hablar a su espalda. Más de uno se santigua o hace algún gesto para alejar la mala fortuna cuando lo ven pasar. Habrá alguno que no lo conozca aún, y alguien se encargará, muy amablemente, de decirle al oído: él es un demonio. Demonio, diablo, demente, chamán, brujo conocedor. Renato

sabe que lo llaman de todas esas maneras y muchas más. Hace años que los apelativos han dejado de molestarle. Posiblemente nunca le molestaron, pues para eso es necesario darles importancia y Renato aprendió de mala manera que pocas veces importa lo que otros dicen sobre él.

Cuando llega a casa, descubre la puerta abierta. Con cautela, pero al mismo tiempo sin demasiada preocupación, atraviesa el umbral. Dentro le espera Gregorio. Está recostado en la hamaca, tiene los brazos cruzados detrás de la cabeza y tararea una melodía que Renato no reconoce del todo. Es obvio que el otro se ha percatado de su presencia, pero prefiere fingir lo contrario. Seguramente es con la intención de que Renato sea quien hable primero.

Renato decide no darle gusto. Se adentra en su casa con la tranquilidad de quien se sabe completamente solo o, por el contrario, acompañado con alguien de mucha confianza. Deja sobre la mesa lo poco que compró en el pueblo; los cigarrillos los lleva al bolsillo del pantalón. Después, todavía sin reconocer la presencia de Gregorio, sale de casa.

Ha dado solo algunos pasos cuando escucha algo detrás de él. Gregorio lo sigue en silencio y a una distancia razonable, como si no quisiera perderlo de vista, pero, al mismo tiempo, sin querer acercarse demasiado. Renato se sonríe. Va hasta la palmera debajo de la cual le gusta descansar y se sienta bajo su sombra, recargándose en el tronco. El otro permanece de pie a unos pasos.

—Una poca de hospitalidad no vendría mal —dice. Es hasta ese momento que Renato voltea a verlo directamente.

—¿Por qué habría de ser hospitalario?

—Por atención a tus invitados.

—No recuerdo haberte invitado a mi casa, Gregorio Estévez, en ninguna ocasión. Así que no te debo ningún tipo de trato especial.

Gregorio no responde con palabras. Se deja caer a un lado de Renato con un bufido y ambos permanecen en silencio total: uno con los ojos cerrados mientras disfruta de la brisa y el sonido tranquilo del mar; el otro, con la mirada vacilante.

Al cabo de unos segundos la calma aparente se ve rota por los movimientos de Gregorio. Su pierna vibra con la energía contenida de quien tiene algo que decir, pero se aguanta las ganas de hacerlo. ¿La razón? Duda, tal vez, porque miedo definitivamente, no. Renato está seguro de que Estévez no se siente intimidado por su presencia. En su mirada —esa mirada furtiva que

le dedica cada dos por tres, mientras finge que el paisaje es más interesante— hay curiosidad y cautela, sí; pero miedo, no. Quizá es porque no está acostumbrado al silencio y a la calma del mismo modo que Renato.

Pasan otros minutos. Aún con los ojos cerrados, Renato sabe en qué momento Estévez fija la mirada en él. Sabe que es víctima de su escrutinio y que en la mente del otro deben estar formulándose cientos de historias sobre él, sobre su ropa desgastada por el uso y sus pies descalzos, por la casa junto a la playa, las pocas cosas que tiene en ella y la cantidad de personas que visitan al brujo con la intención de conocer cosas sobre sí mismos o sobre los demás.

Renato percibe el movimiento de Estévez. Lo escucha respirar, gruñir cuando cambia de posición. No entiende el porqué de sus visitas ni la insistencia en seguirlo, vigilarlo casi, porque es el primero que ha actuado así, el primero que no ha huido para no volver jamás o que regresa sintiéndose con la autoridad suficiente para exigirle más respuestas. Incluso siente ganas de voltear, encararlo con preguntas sobre su presencia, pero no está acostumbrado a ser quien cuestione y por eso prefiere callar.

Pasan minutos que se sienten horas, u horas que en realidad son minutos, y finalmente, Gregorio suelta un gruñido más fuerte, harto del silencio y de la calma del otro. Se pone de pie y, frente a Renato, cruza los brazos con la mirada hacia abajo, esperando una reacción. Renato abre los ojos momentáneamente. Levanta la mirada un par de segundos, y lo mira con aburrimiento, con toda la saña que puede, y después cierra sus ojos, acomodándose para tomar una siesta bajo la palmera. Si aquel extraño piensa que él será el primero en hablar, está realmente equivocado.

—Hijo de puta —murmura Gregorio.

Después, da media vuelta y se aleja hacia la casa a grandes zancadas, mientras dice más cosas que Renato no alcanza a escuchar del todo pero que, imagina, tienen que ver con lo que dijo antes de marcharse.

Cuando siente que ha pasado suficiente tiempo como para que Estévez no se percate de ello, Renato abre los ojos, divertido, y no es sino minutos después que se percata de la sonrisa que hay en su rostro.

Capítulo 3

—¿Qué es lo que buscas al venir a verme casi todos los días?

Gregorio se sobresalta al escuchar la pregunta. La voz de Renato resulta una cacofonía en el silencio que convive junto a ellos desde hace dos horas. Lentamente, como si aún dudara de lo que ha escuchado, voltea hacia donde Renato se encuentra, ahora sí, con la mirada fija en el intruso y no en el trozo de madera que tiene en sus manos y al que quiere darle alguna forma interesante. Ése es uno de sus pasatiempos: tallar madera, crear algo que seguramente irá a parar al fuego o al mar horas después.

—¿Hablamos ahora? —pregunta a su vez Gregorio, a la defensiva. A pesar de eso, mira con curiosidad la pieza que Renato tiene entre sus manos e intenta darle forma.

—Si lo prefieres, puedo permanecer en silencio. Estoy acostumbrado a no escuchar ni mi propia voz. Pero tengo esa duda: ¿por qué vienes a verme casi todos los días?

—¿No puedes hacer tu magia para saberlo?

—No.

Estévez se remueve incómodo en su lugar y finalmente, ceñudo y con los brazos cruzados, responde a la pregunta de Renato:

—Quiero saber qué clase de hombre eres y a qué individuo las personas confían sus secretos.

—Tú eres una de esas personas que me confió un secreto.

—Mentira: yo no te confié nada, tú lo tomaste sin preguntar.

Renato vuelve a encogerse de hombros, sin darle la importancia que el otro quiere dar al comentario.

—Era mi pago —replica con voz lenta, casi como si le explicara la situación a un niño—, y en cierto sentido, fuiste tú quien me dio aquel secreto. Es el acuerdo implícito al que llegamos una vez preguntas algo. Además, aquel secreto fue seguramente aquello en lo que más habías pensado hasta ese momento.

Gregorio se cruza de brazos.

—Aun así, tomaste ese secreto sin preguntar si era eso lo que yo quería y podía darte.

—Aun así —replica Renato en el mismo tono que emplea el otro—, exigiste una respuesta a la pregunta que te trajo aquí, sin detenerte a pensar en si una respuesta era precisamente lo que podía o quería darte. Si lo que buscas es que te dé la razón y que responda a más preguntas tuyas, lo más conveniente será que salgas de este lugar y no regreses jamás. Ésas son respuestas que no voy a darte. No porque no pueda, sino porque me niego a hacerlo.

Sin decir más, regresa a su labor.

—Si tuviera preguntas —responde Gregorio con voz más sosegada—, las habría hecho desde hace mucho.

—Ah, pero hay una pregunta que tienes desde hace tiempo —añade Renato—, y por alguna razón no te atreves a hacerla.

—No sé de qué hablas.

—Yo creo que sí.

Gregorio le sostiene la mirada por unos segundos antes de darse por vencido y desviarla con evidente incomodidad. Renato sonrío un poco y continúa con su trabajo en silencio, apenas escuchando la respiración de Gregorio y sus movimientos cada que cambia de posición.

—¿Cómo te llamas?

—Renato.

—¿Sin apellido?

—Sólo Renato.

Ninguno de los dos dice nada, pero ambos saben lo que significa aquella conversación. Renato sabe que ha caído un poco en el juego de Gregorio. Gregorio sabe que no hay vuelta de hoja y que conocer el nombre del brujo lo humaniza, lo vuelve una persona como cualquier otra y no un ser sobrenatural. Ambos comprenden que, para bien o para mal, esa conversación marcará un antes y un después en lo que sea que ocurre entre los dos desde la llegada de Gregorio.

Finalmente, Gregorio asiente sin decir nada y poco a poco encuentra una posición que no le obliga a moverse cada dos por tres, como si saber el nombre del brujo hubiera sido lo único necesario para acomodarse lo mejor que le permite el duro suelo de madera. No se va. Se queda en la casa durante toda la tarde, a ratos viendo a Renato tallar el trozo de madera, y a ratos con la mirada fija en cualquier otro lugar, acostumbrándose, sin darse cuenta, a los silencios y la quietud en el interior de aquel lugar.

También duerme. Estévez hace mucho eso: dormir. Renato no entiende

cómo puede dormir con tanta tranquilidad en casa de un hombre en quien no confía; y lo que es peor: en casa de un hombre al que el resto de las personas temen sólo porque sí.

Pese a lo anterior, Renato entenderá, con el paso del tiempo, que Gregorio no es como el resto de las personas y que, en muchos casos, perderá el tiempo si intenta comprenderlo.

Hay más visitas por parte de Gregorio. Durante todas ellas, Renato se limita a ignorar su presencia y hacer comentarios sólo de vez en cuando, sólo si son absolutamente necesarios. Una tarde, no obstante, llega cuando Renato está por tomar su almuerzo, y si bien sus propias palabras resuenan en el interior de su casa (“no te debo ningún tipo de trato especial”), Renato le ofrece algo de comer. Estévez duda un momento, pero finalmente acepta.

En otra ocasión, su presencia se prolonga hasta la noche, y de alguna manera, el día termina con él durmiendo dentro de la casa, en el piso, sobre una manta prestada.

Los días de convivencia muda pasan siempre en silencio, eso sí, pues más allá de los pequeños gestos deferentes, Renato conserva su mutismo y parsimonia, y Gregorio, aunque ansioso, aguanta con el temple de quien comienza a acostumbrarse a esperar.

Ante cualquier pronóstico, es evidente el cambio en su relación. A veces mantienen conversaciones cortas, apenas un intercambio de palabras, sobre cosas inútiles e intrascendentes, después de que Renato haya preparado algo de comer. También discuten por situaciones igual de insulsas, como esa ocasión en la que su conversación sobre los mejores cigarros de la zona terminó con Gregorio abandonando la casa a grandes zancadas. Regresó un par de días después. Cruzó la puerta como si nada hubiera ocurrido y dejó una caja de cigarros de la marca favorita de Renato sobre la mesa, casi como una ofrenda de paz. No volvieron a discutir sobre ese tema.

Para Renato ya no es extraño abrir la puerta de su casa y encontrar a Gregorio, a veces en la mesa, a veces en la silla, y en ocasiones, incluso en su hamaca, como si fuera el dueño de aquel lugar y no un intruso que se toma demasiadas confianzas. Si bien lo ignora la mayor parte del tiempo, hay ocasiones en las que incluso se sorprende cuando es él mismo quien toma la iniciativa para conversar.

Pasa una semana y otra más. Gregorio va casi todos los días a casa de Renato. No es precisamente un invitado, porque Renato nunca le ha hecho

invitación alguna y, en dado caso, es Gregorio quien se invitó a sí mismo, pero entre ambos surge una especie de cordialidad que sólo se pierde cuando dicen o hacen algo para molestar al otro con toda la intención. La línea entre las discusiones reales y las que son sólo por tener algo de qué hablar se perdió incluso antes de que cualquiera de los dos se diera cuenta de ello.

Hay días en los que, al llegar a casa, Renato encuentra la comida sobre la mesa. Cuando eso pasa, suele tratarse de algo comprado en el pueblo, pero es comida, a fin de cuentas, y Renato no es de aquellos que rechazan comida, no después de conocer el hambre. No sabe si es una especie de pago por el tiempo que Renato le permite pasar en casa o si es simplemente amabilidad. No lo sabe y no pretende saberlo, pues seguramente es mejor así, sin cuestionar la extraña relación que tienen. Renato ha aprendido a disfrutar de las cosas buenas, porque la vida le ha enseñado que éstas se acaban, sin que él pueda hacer algo al respecto.

Un día, justo al terminar de comer, mientras hablan sobre cualquier cosa, alguien llama a la puerta. Estévez detiene su argumento y voltea a verla. Renato no da explicaciones, simplemente se pone de pie y abre. Fuera le mira una mujer. Es delgada, no muy alta, y da un paso atrás cuando ve los ojos de Renato.

—Adelante, Camila.

—¿Cómo...?

—Será mejor que charlemos dentro.

Ella asiente y entra en la casa, pero se detiene en seco al ver a Gregorio. Dirige una mirada de sorpresa a Renato, casi solicitando una explicación, pero Renato no hace comentario alguno. La mujer, Camila, mira a Gregorio con cautela y está tan absorta en él, que da un respingo cuando Renato cierra la puerta y el interior de la casa se oscurece un poco.

—Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

Ella mira a Renato una vez más, durante un instante que, para sorpresa de Gregorio, se extiende casi interminablemente. Camila abre la boca para hablar, pero la cierra en varias ocasiones, casi como si no supiera qué decir. Sus ojos incluso se llenan de lágrimas que contiene con gran esfuerzo y Gregorio está a punto de ponerse de pie para salir de la casa y darles

privacidad, cuando Renato da un paso hacia ella y toma una de sus manos entre las suyas. Camila se estremece; Gregorio incluso ve cómo se eriza su piel.

Gregorio se percata del cambio que hay en Renato: frente a esa mujer no es sólo el hombre que él observa todos los días y el que hace actividades cotidianas como lavar la ropa o preparar la comida. Frente a aquella muchacha es aquel personaje al que muchas personas respetan y todos temen. Los días en aquel lugar, verlo ser normal en su excentricidad le hicieron olvidar momentáneamente que Renato es un ser poderoso, algo fuera de este mundo y de pronto, verlo de aquella manera, le sobresalta un poco.

En el interior de la casa hay una calma solemne. Gregorio siente que no debería estar ahí y se remueve, incómodo, pero sin atreverse a cruzar los escasos pasos que lo separan de la puerta. Mira con atención a Renato. Observa su rostro sereno en contraste con el terror evidente en el de la muchacha, quien parece hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no soltarse con brusquedad y salir corriendo para no regresar jamás.

Renato asiente y suelta las manos de la chica con suavidad.

—Tienes preguntas sobre tu hermano. Quieres saber sobre Luis Ángel.

Camila jadea con sorpresa y, al final, sólo alcanza a asentir.

—Quiero saber si él... si él...

—Está vivo —termina Renato. Ella asiente con vehemencia.

—Sí, quiero saber si está vivo. No lo he visto desde hace seis años y estoy desesperada. Era un niño cuando se fue y no sé qué más hacer. He pedido la ayuda de la policía, pero nadie hace nada por mi caso.

—Tu hermano aún vive —agrega Renato después de un momento de silencio. Camila se cubre la boca con una mano y finalmente deja que las lágrimas corran por su rostro—. Volverás a verlo.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—¿Dónde?

—En casa—. El rostro de la chica se ilumina—. Pero ten cuidado —advierte Renato—: tu hermano es mucho más de lo que verás a simple vista. Si regresa, es por algo.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—Lo verás cuando llegue el momento —sentencia Renato y su voz no da pie a que haya más preguntas. Camila se queda en silencio y finalmente asiente

con la cabeza. Renato sonríe un poco.

—En el pueblo dicen que debo pagarte —agrega ella. Renato asiente—, y dicen también, que no cobras con dinero.

Al hacer ese comentario, dirige una mirada furtiva hacia Gregorio, quien observa todo en silencio. Renato entiende lo que ella ha querido decir y simplemente niega con la cabeza.

—Tampoco así.

Ella luce ligeramente avergonzada y enteramente aliviada. Sin embargo, da otro respingo cuando Renato se acerca a ella otra vez.

—Lo que pido por pago —explica—, es algo que tú sabes y yo no. Cierra los ojos.

Camila duda, pero finalmente cierra los ojos. Renato coloca las manos a la altura de las sienes de la muchacha, y sin tocarla, permanece en esa posición por unos segundos. Al terminar, ella con una bocanada de aire y él con la frente perlada de sudor, se aleja de ella. Camila se estremece por segunda ocasión en esa tarde, pero da una muestra de entereza al respirar profundamente y calmar así su nerviosismo. Da las gracias y sale apresuradamente de la casa.

Renato la observa irse. Al cabo de un rato, regresa su atención al interior, donde Estévez le mira en completo silencio. Es la primera vez que ha observado a Renato mientras responde preguntas y toma conocimientos ajenos.

Seguramente es distinto verlo desde fuera una vez que lo ha vivido.

— C mo es que...? —Estévez guarda silencio y desvía la mirada al plato vacío que yace sobre la mesa.

—Eso es lo único que no s .

La mirada de Gregorio se posa en Renato una vez más.

— De qué hablas?

—De lo que estabas por preguntar.  C mo es que s  tantas cosas?  C mo es que tengo este poder?  Es magia? Es lo que quieres saber,  no es cierto?

Hay una pausa.

—S  muchas cosas, Estévez. S  lo que ocurre en otros lugares del mundo con personas a las que nunca he conocido, s  detalles íntimos de muchas personas, conozco los secretos de otros más. Incluso puedo ver más allá, las verdades detrás de los secretos, las verdades después de los secretos. No tengo ni medio siglo de vida y s  mucho más de lo que cualquiera puede saber o querría saber. Y a pesar de ello, hay algo que no s : por qué a mí.

—¿Desde cuándo tienes ese poder?

—¿Y tú desde cuándo tienes tanto interés en mí y en mis poderes?

Gregorio se encoge de hombros.

—¿Eso importa?

Renato no responde de inmediato. Toma los platos y los coloca en la cubeta que después llevará a un riachuelo cercano para lavarlos.

Gregorio aguarda sin añadir nada más. A esas alturas sabe que Renato no habla a menos que realmente se sienta con ganas de hacerlo o a menos que tenga algo importante que decir. Mientras espera, aprovecha para observar a Renato. Delinea su perfil con la mirada, sigue sus movimientos con atención, y se prepara para la respuesta cuando Renato levanta el rostro una vez más, con una expresión que Gregorio no es capaz de descifrar.

—No sé si nací con él o si se desarrolló en algún momento antes de que tuviera plena consciencia de mi vida y mis actos— explica Renato—. Pero, al menos desde que tengo uso de razón, sé muchas cosas.

—¿Qué es lo primero que supiste gracias a tu poder?

—Que mi madre iba a morir cuando yo cumpliera diez años y que mi hermano estaría muerto antes de nacer.

La respuesta parece no sorprender a Gregorio, quien la acepta como explicación.

Al cabo de un rato, se pone de pie y camina hacia la puerta sin decir palabra alguna. Renato lo sigue con la mirada: examina su andar tranquilo pero seguro y la espalda erguida, que denotan la confianza que Gregorio tiene en sí mismo. Lo ve estirar los brazos y por un momento sólo es consciente de los músculos de su espalda, que se contraen a cada movimiento que hace. Después, cuando su curiosidad ha sido temporalmente saciada, continúa con su labor de limpiar lo poco que han ensuciado. Gregorio sale de la casa sin cerrar la puerta detrás de él como es su costumbre, pero no se va, eso es seguro, y Renato aún escucha sus pasos alrededor de la construcción.

Lo que sucede después, es inesperado. Todo ocurre poco a poco, por culpa de las visitas cada vez más prolongadas; la comida compartida con mayor frecuencia; las conversaciones antes cortas que se vuelven más largas e incluso más personales. Una noche se convierte en dos y luego en tres, cuatro, cinco... hasta que es inútil contarlas y Estévez deja de ser solo Estévez para ser Gregorio. Ocurre tan paulatinamente que, cuando Renato se percató de que Gregorio vive con él, ya ha pasado demasiado tiempo como para echarlo.

La presencia de Gregorio es ahora una constante. Es él con quien Renato charla un poco en las mañanas, mientras prepara el desayuno, y es con quien discute por las noches, cuando el sabor de la comida no es de su agrado, aunque Renato tiene la ligera sospecha de que las quejas de Gregorio son solo por molestar.

Por sorprendente que parezca, son precisamente las discusiones las que hacen que la vida de Renato sea más entretenida que antes. Aquellas discusiones son parte de todos los días y pocas son las veces en las que no tienen una opinión encontrada respecto a algún tema en particular. Renato mentiría si dijera que no disfruta eso.

No son precisamente amigos, Renato nunca ha tenido amigos antes y no está del todo seguro de querer comenzar ahora porque no sabría cómo manejar una situación así, pero hay cierta complicidad entre ellos. Poco a poco, Renato descubre más cosas sobre Gregorio, y es en cierto sentido refrescante y aterrador no usar su poder para conocer los secretos que esconde su compañero, o las intenciones y motivos que tiene para estar ahí. Debería preocuparle, tal vez, o tenerle alerta; pero la verdad es que lo único que le provoca es una sensación extraña en el estómago y un temblor constante en todo el cuerpo, como si tuviera demasiada energía contenida.

Al cabo de un par de meses, en la casa hay una silla y una hamaca adicionales, que llenan el espacio junto a la otra hamaca, la silla de siempre, la mesa pequeña, el taburete y la caja de madera en un rincón.

Y al cabo de esos mismos meses, Renato sabe que Gregorio es hijo único y que hace años que no tiene una relación muy cercana con sus padres, no por problemas, sino por indiferencia mutua. Descubre que tiene (o, más bien, que tenía) un buen empleo relacionado con computadoras y que ocasionalmente, cuando desaparece sin decir nada, es para echarle un ojo a su propiedad: una casa que compró con la intención original de compartirla con su prometida, a quien aún busca durante los días en los que regresa a su ciudad. Ante cada mención de Luisa, Renato prefiere callar.

Él, por su parte, no habla mucho con su inquilino respecto a temas que llegan a rincones personales, pero es evidente que Gregorio siente curiosidad por él. De vez en cuando hace preguntas específicas sobre su infancia y su juventud, sobre su edad, su historia, los lugares que ha conocido con el paso del tiempo, las personas que lo visitan de vez en cuando y, en particular, sobre sus poderes.

—¿Alguna vez has probado todo lo que puedes hacer con tu habilidad?
—pregunta Gregorio, con esa capacidad suya para hacer las preguntas precisas en el momento menos esperado—. ¿Algo así como, no sé, el alcance que tiene tu conocimiento?

Renato mira a Gregorio por encima del hombro antes de continuar tendiendo su ropa en una soga, completamente desinteresado.

—Nunca he tenido la necesidad de hacerlo.

—¿Pero nunca te ha dado curiosidad por comprender tu poder un poco más? —insiste Gregorio—. Es decir, sabes muchas cosas sobre personas que nunca has conocido, ¿nunca te has preguntado qué tanto es lo que sabes de ellas y por qué? En tu lugar, creo que yo me haría esas muchas preguntas más.

—Aunque no lo creas, no disfruto saber cosas que no me competen. Los secretos se llaman así por algo, así que no, nunca he probado el alcance de mi conocimiento, como tú dices.

—¿Ni un poco?

—No.

—¿Cómo se llama mi madre?

—Tú sabes cómo se llama tu madre.

—Sí, y tú también.

—¿Por qué no eres directo de una buena vez y preguntas lo que quieres preguntar en vez de perder el tiempo con tonterías?

Es el turno de Gregorio para lucir desinteresado, aunque en realidad toda su atención esté puesta en ese momento. Se acomoda en el suelo, con los brazos cruzados detrás de la cabeza, la mirada fija en las hojas de las palmeras a través de las cuales se cuele un poco de luz. El día es agradable y Greg cierra los ojos cuando una corriente de aire lo refresca un poco.

—¿Hay algo que no sepas?

Gregorio no tiene que voltear para saber que Renato pone los ojos en blanco cuando es evidente que las preguntas no van a cesar. Por alguna razón, eso le hace sonreír.

—Sé que me tienes en un pedestal y que me consideras una persona increíble, pero hay muchas cosas que no sé.

—Sí, eso es obvio— responde Gregorio. Y el hecho de que no se enfade por el sarcasmo de Renato, como lo hacía semanas atrás, es algo que no sorprende ya a ninguno de los dos—. Creo que ni siquiera tú eres capaz de saber absolutamente todos los misterios que hay en este mundo, porque no eres

un dios o algo así. Pero ¿hay algo en particular que quieras saber y que no sepas aún?

Por toda respuesta, Renato continúa su trabajo sin dignarse a decir palabra alguna.

Gregorio aguarda con una paciencia que lo sorprende incluso a él mismo, lo cual le hace pensar que quizá los largos silencios de Renato ya le son tan comunes que no le molestan ni lo incomodan como lo hacían al principio, todas esas semanas atrás. Recuerda el día en que conoció al famoso brujo conocedor de secretos. También recuerda su visita, lo dicho aquel día y lo ocurrido después, cuando entró en la primera cantina que encontró y estuvo ahí hasta que pudo ignorar las palabras de Renato respecto a Luisa.

Ahora, piensa mientras se acomoda, lo que pasó esa ocasión ya no es más que un recuerdo del pasado, algo que ya no se siente como si le perteneciera a él mismo. Renato deja el cesto vacío en el piso y se sienta junto a Gregorio, manteniendo el mutismo que, para ese punto, tiene algo distinto al silencio de siempre. Renato suele callar la mayor parte del tiempo, pero es más un silencio acostumbrado después de tantos años sin hablar con alguien por más de media hora. El silencio que de pronto hay entre ambos es distinto, es algo que Gregorio no puede catalogar. Así que sólo espera.

—Cuando se trata de algo sobre mí mismo —dice Renato en voz baja—, me es imposible saber.

—¿Quieres decir que no puedes ver, ya sabes, todo lo que tiene que ver con tu propio futuro?

—No existe tal cosa como ver el futuro —Gregorio se encoge de hombros, restándole importancia. Renato vuelve a hablar—: Lo único que existe son posibilidades, cientos de ellas, que pueden ocurrir o no, dependiendo de muchos factores y... esto no te interesa del todo, ¿verdad?

Gregorio bosteza.

—¿Lo que tiene que ver con el futuro? No realmente.

—Ya te dije que no es el futuro, es... —Renato suspira—. Olvídalo.

—Pero puedes seguir hablando de eso, si quieres. No me molesta — agrega Gregorio después de unos segundos. Renato lo mira con cautela por un instante antes de olvidar su ropa mojada por un momento.

—Si es algo referente a mí, no hay nada claro, sólo una especie de tela vaporosa que cubre cualquier tipo de conocimiento. No sé más allá de lo que ya he vivido. Sé cosas sobre los demás, pero sobre mí... —Hay una pausa; al

final, Renato sólo sonríe un poco—. A veces parece que el extraño soy yo mismo.

—Qué irónico —expresa Gregorio—: el brujo conocedor no conoce sus propios secretos.

—Estévez, la vida misma es una ironía. —Gregorio pone los ojos en blanco. Renato observa a Gregorio por unos segundos con una expresión indescifrable hasta que en su rostro aparece una sonrisa cansada—. Algún día lo comprenderás.

Capítulo 4

Para Gregorio, Renato es un misterio. Es, en sí mismo, un hombre misterioso, con su mirada penetrante y sus silencios. Era un secreto incluso antes de conocerlo, cuando la imagen que tenía del famoso brujo conocedor de secretos era algo totalmente distinto a la realidad. Pero ahora, con la convivencia diaria, Gregorio no deja de pensar en todo lo que desconoce de Renato.

Su pasatiempo favorito es observarlo atentamente, en ese silencio aprendido. Le mira realizar sus actividades pese a su presencia como si, en vez de medio año, Gregorio llevase viviendo en su casa toda una vida. Renato duerme a ratos, se baña en el mar cuando le pega en gana, talla en madera con herramientas viejas y un tanto oxidadas que cuida como un tesoro, y siempre se deshace de sus creaciones, sin importar si son buenas o malas, ya sea tirándolas al fuego o al mar.

Ocasionalmente, recibe visitas. Nunca la misma persona y nunca el mismo día. De hecho, hay veces en las que pasan dos o hasta tres semanas entre una visita y la otra, pero son seguras. Gregorio no suele quedarse dentro de la casa cuando llega alguien buscando al brujo, no desde la primera vez. No se retira por deferencia, ni siquiera por ser decente, sino porque ver a Renato actuar como un ser sobrenatural aún le incomoda. Además, piensa que durante su primera visita a él no le habría gustado que alguien más presenciara su reacción o escuchara la respuesta de Renato, y sería hipócrita quedarse y hacer algo que él habría odiado que un tercero hiciera. Incluso si ya lo hizo una vez.

Así que mientras las visitas hacen sus preguntas, Gregorio sale de la casa, va al mar o se dirige al pueblo para hacer un par de llamadas necesarias para conservar lo poco que aún le queda o continuar su búsqueda de Luisa y su familia, ocultos desde hace meses. Mientras habla con viejos conocidos, ignora las preguntas insistentes por saber qué pasa con él, cuándo va a presentarse al trabajo otra vez, si, por lo menos, está bien o si serás cabrón, Estévez, no podemos cuidarte el empleo para toda la vida.

Gregorio siempre regresa a la casa junto a la playa, incluso si son dos o tres días los que pasa en su ciudad. Cuando regresa, suele encontrar a Renato

absorto en la talla de madera, porque es, al parecer, lo único que puede hacer en aquel lugar alejado del tiempo y del mundo. Renato guarda silencio y seguramente sería capaz de trabajar por horas si algún comentario de Gregorio, hecho con toda la intención de distraerlo, no lo trajera de regreso a la realidad.

Una tarde, después de comer, sacan sus sillas para ponerlas a la sombra de un árbol. La brisa los refresca después de un día particularmente caluroso. Entonces, sentados uno junto al otro, Gregorio le pregunta a Renato cómo fue que la gente supo de él.

—Una vez le conté a alguien sobre lo que puedo hacer.

—¿Y?

—Esa persona me dio la idea. En aquel entonces conseguí un trabajo en una construcción. No solía hablar con los demás, pero una tarde me abordó uno de mis compañeros de trabajo. Supongo que pensó que, por ser casi de la misma edad, habría complicidad entre ambos. O tal vez sintió curiosidad por el niño negro y flaco que recién comenzaba a trabajar en la obra. Después de eso, hablamos un poco y en algún momento, le hice un comentario sobre lo que acababa de descubrir sobre él.

—¿Qué descubriste?

—¿Qué importa eso? —pregunta Renato. Por un momento Gregorio no sabe si ésa ha sido una pregunta retórica, así que al final, se encoge de hombros.

—Tal vez no mucho, pero me gustaría saber la historia completa. Ya sabes: no todos los días descubres cómo es que un famoso brujo conocedor de secretos comenzó con su negocio.

Renato sonríe al fin. Se sume en sus pensamientos, seguramente recordando lo que ocurrió tantos años atrás. Gregorio lo observa. Ve cuando su sonrisa se borra poco a poco, quizá por culpa de los recuerdos. Se percata de su ceño fruncido, sus manos apretadas y, finalmente, el momento en el que su cuerpo se relaja y recupera la postura erguida, casi altanera.

—Pues le dije que su novia estaba embarazada. No me creyó, pero al día siguiente, cuando íbamos a comenzar la jornada, se acercó a mí. Me miró con desconfianza y me preguntó cómo es que yo sabía que su novia estaba embarazada.

—¿Entonces le dijiste?

—Primero me golpeó pensando que yo conocía a su novia y tenía algo

que ver con ella. Después, cuando le juré que no la conocía, me hizo explicarle todo.

—¿Y qué pasó?

—¿Qué crees que pasó? Pensó que le mentía. Así que amenazó con golpearme una vez más si no le decía la verdad. Volví a decírsela y le ofrecí una prueba. Cuando él aceptó, hice lo que me ves hacer siempre: tomé uno de sus conocimientos. Cuando le dije que sabía cuál era su verdadero nombre, y se lo hice saber, me creyó. Nunca fuimos amigos, mucho menos después de ese acontecimiento, pero sus palabras me dieron una gran idea. Esa tarde, mientras me ayudaba con las heridas que él mismo provocó, me sugirió que aprovechara mi habilidad y que obtuviera dinero con ella. Incluso se ofreció a representarme y administrar mis ganancias.

—Supongo que le dijiste que no.

—Le dije que lo pensaría.

—¿Y entonces? No me digas que fuiste tan imbécil como para aceptar su propuesta, porque algo en esta historia me dice que te robó todo tu dinero—. Mira a su alrededor justo después de ese comentario—. Eso explicaría por qué vives en esta pocilga.

Renato voltea a verlo y sonrío misteriosamente. Gregorio siente un escalofrío, aunque no está seguro de que sea precisamente de miedo o incomodidad.

—Nunca fue necesario darle una respuesta concreta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que nunca tuve que responder. Murió en un accidente en la construcción al día siguiente, pero me dio la idea de anunciar lo que podía hacer —la sonrisa se borra de su rostro—. Aunque tampoco fue tan útil.

—¿Por qué?

—Porque entonces descubrí que la gente teme a lo que no comprende y que el miedo los lleva al odio. Eventualmente opté por no hablar más de lo que sé y lo que puedo hacer y así fue como vine a dar con este lugar.

Renato recuerda el día en que se encontró con la choza junto a la playa. Abandonada y prácticamente en ruinas, se convirtió en el escondite perfecto para alguien como él.

En un principio, sólo usaba el espacio para tener cobijo durante la noche y no porque quisiera vivir en ella. Con el tiempo, las noches se convirtieron en días y el escondite momentáneo se convirtió en su guarida. Limpiar la choza

no fue problema. Reconstruir lo que era necesario, tampoco. En poco tiempo, aquel lugar se convirtió en su hogar.

Aunque la gente lo rehuía por su actitud taciturna y por los rumores que poco a poco se esparcían por el lugar, comenzaron las visitas. Empresarios, obreros, ricos, pobres, hombres, mujeres, jóvenes y ancianos, poco a poco cada uno comenzó a desfilar hacia su nueva locación. Renato nunca supo cómo fue que el resto de las personas supieron en dónde se encontraba o qué era lo que podía hacer (sospechaba de alguno de sus primeros clientes), y sin que lo buscara ni lo quisiera, pronto se dio a conocer entre el resto de la población.

El mote de “brujo conocedor de secretos” llegó unos años después, cuando la noticia de su existencia trascendió geográficamente y las visitas se volvieron internacionales. A esas alturas, Renato estaba tan acostumbrado a que le llamaran de tantas maneras, que un apodo más no importaba.

Gregorio lo observa mientras cuenta su historia, consciente del cambio en él cuando decide hablar, y no hay forma más exacta de expresarlo; Renato no habla si no quiere hacerlo, eso lo ha aprendido en poco tiempo. Es cierto que habla poco o busca la manera de no responder exactamente a lo que Gregorio quiere decir, pero de vez en cuando comparte un poco más. Cuando eso ocurre, Renato suele mantener la mirada en algún punto lejano, como si pudiera ver a lujo de detalle cada uno de sus recuerdos y simplemente estuviera describiéndolos. Hay ocasiones en las que se le nota tenso, pero la mayor parte del tiempo luce relajado, como si por fin decir todo aquello que no ha dicho en años le quitara un peso de encima. Al terminar de hablar, no es extraño que Renato se note incluso más joven. Es algo fascinante en verdad.

Gregorio quisiera preguntar más cosas. Su edad, para empezar; o la razón por la cual vive solo. Quisiera saber, también, si lleva un cálculo aproximado de las personas que han pasado por aquella casa y las preguntas que ha respondido. Son preguntas que planea hacer poco a poco, porque no tiene intenciones de irse de aquella casa sin conocer del todo al hombre que le dio una de las peores noticias de su vida. A pesar de ello, y a pesar de que en un principio ésa fue la principal razón para visitarlo todos los días, hay momentos en los que se pregunta si realmente su presencia ahí se debe a eso.

Renato es un personaje misterioso, sí, pero no es nada de lo que Gregorio pensó que sería. Es amable con sus visitas y tiene un temple que no le conoce a nadie más. Seguramente sería capaz de escuchar a alguien hablar por horas sin mostrar signos de hartazgo. Es irónico y tampoco teme decir lo que

realmente piensa de los demás; en especial, no teme decir lo que piensa de Gregorio.

Hay días en los que Gregorio se descubre sonriendo con más frecuencia ante los cortos, pero certeros, comentarios de Renato. Días en los que el silencio ya no es tan importante como en los primeros porque se ha acostumbrado a él, o en los que simplemente es capaz de pasar horas observando a Renato mientras hace cualquiera de sus labores. Particularmente le llaman la atención sus manos: visiblemente ásperas pero hábiles (con el cuchillo, la soga o la gubia), y sus ojos, que es lo único que aún le incomoda del otro.

—¿Gregorio?

Estévez da un respingo cuando la voz de Renato lo saca de su letargo, en especial cuando lo descubre más cerca de lo que estaba al comienzo de la conversación.

—¿Qué?

—Eso es lo que te pregunto a ti —dice Renato—, no has hablado en casi cinco minutos y es extraño que no me hayas interrumpido para hacer alguna pregunta estúpida.

—Mis preguntas no son estúpidas —replica Gregorio.

—Sí lo son, pero tampoco son las preguntas más estúpidas que me han hecho.

Gregorio pone los ojos en blanco y eso provoca la risa de Renato. Son pocas las veces que Gregorio lo escucha y lo ve reír, y eso lo distrae nuevamente. Observa el rostro relajado de Renato, intenta encontrar en su semblante la seriedad, la dureza incluso, con que lo ha visto actuar en ocasiones y se sorprende al no encontrarla. Es como si Renato fuera una persona completamente distinta al estar junto a él.

La risa de Renato cesa poco a poco al percatarse de la mirada de Gregorio. Todo se detiene por un instante. Gregorio mira a Renato y Renato mira a Gregorio, y entonces ocurre algo. Es un momento inesperado por ambas partes, un movimiento inconsciente que los acerca poco a poco hasta que las palabras de uno se ahogan en los labios del otro.

Aquel es un primer beso eterno y al mismo tiempo fugaz, que termina cuando Gregorio abre los ojos con espanto y se separa de golpe. Trastabillando por la brusquedad de su movimiento, cae al suelo y levanta el rostro para ver a Renato, quien lo observa con expresión inescrutable, excepto

por su mirada. Gregorio balbucea una excusa y se pone de pie antes de huir hacia algún otro lugar.

Renato no hace el intento por ir a buscarlo, simplemente regresa al interior de su casa para preparar algo de comer, pues algo le dice que Estévez volverá en algún momento de esa tarde o tal vez a la mañana siguiente. Aquella sensación es algo que nada tiene que ver con su poder, lo cual es al mismo tiempo una certeza y una simple corazonada. Renato regresa a la casa, que se encuentra en silencio, tal y como antes de Gregorio; sin embargo, es un silencio diferente, acompañado de una sensación extraña en el pecho del brujo que también es hombre.

Renato tenía trece años cuando su camino se cruzó con el de una mujer que leía la mano. Ella se encontraba sentada en la acera de una calle concurrida, y a su lado, un letrero viejo informaba de sus servicios. Algunas personas se detenían a preguntar el precio; otros, que ya la conocían, hablaban con ella o le preguntaban por la posibilidad de una segunda (o tercera, o cuarta) lectura.

No era la primera vez que Renato se encontraba con otras personas que aseguraban tener conocimiento del futuro o que eran capaces de hacer algo sobrenatural, porque las había encontrado en el camino en más de una ocasión, pero sí fue la primera vez que se acercó a alguien así por voluntad propia. La mujer —se llamaba Christelle Annoa, tenía 35 años, vivía con su hijo enfermo en un hostel; todo eso lo supo Renato después— hablaba con una joven extranjera cuando él se acercó a ella. La mujer terminó de hablar con la extranjera y sin más, se dirigió hacia Renato.

—No hay mucho que pueda decirle a quien conoce más secretos que yo.

—No sé de qué hablas, yo no conozco los secretos de los demás.

—Te aseguro que, ahora, sabes al menos uno de los míos.

Renato no lo negó.

—¿Cuál es tu nombre, hijo?

—Renato —respondió él y ella sonrió.

—El que renace. Un nombre interesante. Los nombres son importantes, Renato —continuó ella y Renato se sentó a su lado—, dicen mucho de la persona que los usa. No sólo el significado.

Él guardó silencio por un largo rato. Ella respetó su silencio y permaneció junto a él mientras el muchacho ponía en orden todos sus pensamientos. Y es que, por primera vez, Renato quiso saber cosas sobre sí

mismo y, por primera vez, alguien con la capacidad de decírselas se encontraba a su lado. Cuando Renato levantó la mirada y la encontró con la de Christelle Annoa, se mantuvo firme al preguntar:

—¿Puedes leerme la mano?

Christelle Annoa lo hizo.

En una ocasión, cuando Renato tenía quince años, conoció a una bruja de verdad. O al menos así era como muchas personas la llamaban. No era una psíquica como Christelle Annoa, pero cuando Renato la vio, sintió en ella lo mismo que en la otra mujer. Tal vez fue curiosidad, tal vez fue exceso de confianza; o tal vez fue simple idiotez, pero en una ocasión, al verla a lo lejos, decidió acercársele y hablar con ella.

La mujer — Ferdina, de 58 años— se detuvo en seco al verle y mientras los dos se encontraban frente a frente y llamaban la atención de todos los que los miraban, ella sonrió. No fue una sonrisa alegre ni amable, sino una sonrisa sin dientes, pero irónica. Como si, de todas las personas con las que ella esperaba cruzar su camino, él era la última en la que había pensado.

Quizá en otro tiempo, Renato habría huido de ella y habría preferido olvidar el suceso; quizá, incluso, habría optado por evitarla a ella y a todos los de su clase por el resto de su vida. Pero después de lo ocurrido con Christelle Annoa y su lectura de manos, Renato tenía curiosidad por las personas que eran como él. O tal vez no como él, pero sí las que entendían su situación porque, como él, eran diferentes al resto: personas que podían hacer cosas que los demás no, o que veían y escuchaban lo que otros no.

—¿Qué trae a alguien como tú a mí? —preguntó ella con voz baja y rasposa, tanto que Renato no creyó haberla entendido del todo. La mujer sonrió una vez más, le dio la espalda y agregó—: Sígueme.

Renato así lo hizo.

Alejados de los ojos curiosos y sentados bajo un árbol, ambos guardaron silencio. Casi una hora después, durante la cual ninguno pronunció palabra alguna, ella puso la mano en su brazo. Renato la miró y aunque sintió un escalofrío recorrerlo de pies a cabeza al descubrir secretos de ella que preferiría no haber sabido nunca, permaneció ahí, impávido, expectante a cualquier palabra y cualquier movimiento de la mujer. Ella volvió a sonreír de aquella manera que incomodaría a cualquier otra persona y lo soltó lentamente.

—Tu poder es más fuerte de lo que imaginas— explicó. Y luego de una

pausa—: Si quieres saber algo, sólo tienes que preguntar.

Renato la estudió en silencio, paseando la mirada por su rostro reseco y curtido por el sol, en busca de mentiras. Cuando supo que las intenciones de aquella mujer eran en serio, se atrevió a cuestionar:

—¿Y responderás a mis preguntas?

La mujer respondió.

Cuando Renato tenía trece años una psíquica leyó su mano, y cuando tenía quince, una bruja le habló de él mismo. Las dos coincidieron en algo: Renato llegaría a conocer muchas cosas más de las que imaginaba. De hecho, algún día sabría tanto que simplemente no podría soportarlo más. Christelle Annoa dijo que quizá era bueno que no supiera cómo podría terminar todo para él. La bruja soltó una risotada.

Ambas le dijeron lo mismo: algún día conocería a alguien a quien no podría leer con la misma facilidad con la que leía a otros, alguien cuyos secretos debería descubrir por sí mismo y no gracias a su poder. Con esa persona, no sería capaz de saber más allá de la primera lectura superficial que percibiría de ella y primer secreto que le fuera entregado voluntariamente. Las dos, también, coincidieron en que esa persona sería importante para él. Tal vez sería un amigo, tal vez un confidente; quizá sería el culpable de su muerte.

La bruja quiso enseñarle vudú, para asegurar que esa persona misteriosa jamás le hiciera daño. Christelle Annoa insistió en que se quedara con ella para aprender a ver las posibilidades, o el futuro como muchos lo llamaban, y así estar preparado y saber el momento exacto en el que conocería a esa persona. En las dos ocasiones, Renato se negó a aceptar la propuesta.

Desde el instante en el que Gregorio Estévez apareció frente a su puerta, fue obvio que era diferente a todas las personas que habían visitado a Renato con anterioridad. No fue sólo su actitud y la seguridad que expresaba en cada paso y cada movimiento, sino algo que Renato entendió con el escalofrío que recorrió su cuerpo al cruzar su mirada con la de Gregorio por primera vez, porque al intentar ver en él, descubrió una barrera que nunca antes había encontrado. Así supo que aquel hombre tendría un papel relevante en su vida.

Las palabras de las dos mujeres que conoció en su adolescencia regresaron a él en cuanto Estévez dio media vuelta y abandonó su casa el día en que se conocieron. Porque a Estévez no podía leerlo como a los demás, ni era capaz de saber, a ciencia cierta, cuáles eran los secretos que se relacionaban con el encuentro en su casa. Así que Renato lo vio partir,

presintiendo que aquel hombre era del que hablaron Christelle Annoa y Ferdina; y lo vio regresar una, dos, tres veces, hasta que Estévez fue más que sólo eso: más que una lectura de manos o las palabras de una bruja, para ser simplemente Gregorio.

Cuando Greg abre la puerta, Renato opta por no prestarle atención. Continúa con su labor de último momento de tallar una figura en madera y permanece atento a los movimientos del otro.

Lo escucha arrastrar la silla y dejarse caer en ella. Tal vez es el silencio tan extraño que de pronto hay entre ellos, o su propio corazón latiendo rápidamente, pero Gregorio le parece un manojo de nervios. No lo culpa. El beso de horas atrás, aunque corto, es una revelación, es la evidencia de aquello que surgió entre ambos cuando se vieron por primera vez y que tomó forma con el paso de los días.

Es inevitable, tal vez, por la constante compañía y por la convivencia mutua. Son los siete meses compartidos, las charlas nocturnas, la ironía con la que se tratan. Es el humor negro, las miradas que no necesitan explicación y la certeza de que el otro está a unos metros por la noche. Es la primera vez que Renato comparte un vínculo así con cualquier persona y le aterriza, por supuesto que le aterriza. Y también le entusiasma.

Tal vez eso es lo que significa ser una persona como cualquier otra. Renato jamás ha experimentado esa cercanía, y mucho menos ha pensado que habría alguien así en su vida. ¿Quién querría estar cerca de alguien como él? Nadie quiere que sus secretos se vean claros a los ojos de los demás. ¿Quién querría estar cerca del brujo que sólo necesita verte una vez para entender cada motivación tuya, cada virtud y cada defecto?

Renato aguarda. Procura no seguir con la mirada a Gregorio y se ocupa con tareas inútiles como la de pasar sus manos por el mango de una gubia mientras le da la espalda; es por eso que no se percata del tiempo que Gregorio permanece viéndolo, ni del momento en que asiente para sí mismo y se pone de pie, con la decisión pintada en el rostro. Es por eso, también, que da un respingo cuando Greg pone una mano en su hombro y lo gira con un poco de brusquedad, y lo besa de una manera tan distinta a como lo hizo horas atrás.

La posición es incómoda, porque Renato permanece sentado mientras que Gregorio está de pie, pero se las arreglan para que funcione por dos segundos antes de que Renato se ponga de pie también. Sus brazos rodean el cuello de Estévez y la magia está por terminar cuando el cuerpo de éste se tensa por un

suspiro hasta que responde rodeando la cintura de Renato y atrayéndolo más hacia él.

Segundos después, con los labios irritados y la respiración más agitada de lo normal, ambos regresan a lo que hacían antes: Renato a fingir que las gubias son interesantes, y Gregorio, a mirar la pared desde su silla junto a la mesa. Lo único diferente son las sonrisas que hay sus rostros.

Capítulo 5

Gregorio es consciente de muchas cosas sobre sí mismo. Nunca ha tenido problemas serios al momento de aceptar, e incluso enfrentar, lo que respecta a sus propias emociones, pensamientos y gustos. Y así como es consciente de muchas cosas sobre sí mismo, también lo es sobre el resto de las personas. No es que sepa las cosas de la misma manera en que Renato lo hace, porque él no tiene dones sobrenaturales ni nada por el estilo (a menos que se considere — en sus palabras— su indudable atractivo como algo sobrenatural).

Lo que Gregorio hace no tiene nada que ver con habilidades para ver el futuro, brujería o algo más, es simplemente observación. Humana observación. Es un hombre acostumbrado a observar lo que ocurre a su alrededor. No porque sea de aquellos que alardean de tener siempre la cabeza fría al momento de tomar decisiones, sino porque la observación es un arma más poderosa de lo que muchos pueden imaginar.

Así es como Gregorio comprende que Renato evita los temas que más le incomodan y le hacen daño.

Aparentemente es un hombre de piedra, porque oculta sus emociones con una perfección que solo puede ser consecuencia de años de práctica. Seguramente para el resto del mundo, Renato es el brujo frío, misterioso y terrible que muchos dicen que es.

Para Gregorio, es más que eso. Es un hombre que, pese a su vasto conocimiento, desconoce muchas cosas, y no es que Gregorio presuma de ser un experto en cuanto a la vida misma, pero entiende lo suficiente de ella. Renato desconoce, por ejemplo, la calidez humana, en especial aquella que solo nace del contacto más que físico con alguien más.

Greg no puede considerarse un experto en materia de brujos conocedores, pero poco a poco se acerca a serlo en cuanto a los modos de Renato. No es por jactarse de conocerlo porque, aunque ahora entiende sus cambios de humor o los pequeños gestos que realiza, eso no significa que sepa todo respecto a él, al contrario.

Hay mucho que Gregorio desconoce sobre Renato, cosas que sólo podrá descubrir con tiempo y paciencia, sobre todo esta última. No sabe si el tiempo le dará para comprender del todo a Renato, o si su paciencia será lo más

parecido a lo inagotable, pero quiere intentarlo de todas maneras.

Así que, mientras intenta comprender al hombre con el que vive, observa todo lo que puede: su andar, sus miradas, sus gestos, incluso sus manías; escucha sus historias y deja que éste, a cambio, también lo observe con esos ojos tan penetrantes y que, si lo desea, haga las preguntas que crea convenientes. Lo que lo lleva a la siguiente reflexión: Renato no suele hacer preguntas. En realidad, no es un hombre de preguntas. No es que él así lo diga, pero Gregorio deduce que, si es capaz de comprender secretos con solo ver a una persona una vez, hacer preguntas no es algo a lo que esté acostumbrado.

Por lo anterior, resulta curioso cuando Renato pregunta algo sobre la vida de Gregorio. Nunca es mucho ni son cosas demasiado específicas, pero ha notado que cuando habla sobre su pasado, Renato lo escucha con más atención que en otras ocasiones, y hasta con un brillo extraño en su mirada. Como si todo lo que escuchase fuera información novedosa sobre la cual no tiene ningún conocimiento.

Gregorio es consciente de que Renato conoce muchas cosas respecto a él. Sabe que sus secretos ya no son tan suyos, y aunque eso le molestaba y quizá le aterraba en un principio, ahora es algo normal. Hasta cierto punto es más sencillo no tener que dar explicaciones de más. Por eso no teme hablar de su vida, del empleo que tenía como programador, del tiempo que ha pasado sin ver a su familia, incluso de las personas con las que ha tenido relaciones románticas.

No es de extrañar que Renato sea un caso completamente distinto a cualquier otro, pues no podría esperar menos del famoso brujo conocedor de secretos.

En ocasiones, y no sin un poco de esfuerzo, Gregorio logra que Renato hable de su pasado. No mucho, al menos no tanto como le gustaría saber pues si de él dependiera, ya habría hecho todas las preguntas relacionadas con ese tema. Si tiene suerte, le cuenta alguna experiencia con sus clientes; anécdotas que van desde lo grotesco hasta lo gracioso, y que muchas veces parecen tan inverosímiles que dudaría de ellas de no ser porque Renato es la prueba viviente de que lo inverosímil no es tan descabellado.

—Nací en un barrio pobre —relató Renato en una ocasión—. Fui el primer hijo de mis padres. Vivíamos en una casa quizá con el doble de tamaño que ésta, sin lujos ni demasiadas comodidades, pero por un tiempo fue suficiente. Cuando tenía casi ocho años, supe que iba a tener un hermano. Casi

un año después, supe que jamás conocería a ese hermano y que mi madre moriría al dar a luz.

—¿Qué hiciste cuando supiste que moriría?

—Se lo dije a mis padres.

—¿Y qué pasó?

—¿Tú qué crees? No me creyeron, pero después de que murió mi madre, mi padre supo que yo había dicho la verdad. Nunca me lo perdonó.

—¿Decirle lo que ocurriría?

—La muerte de mi madre.

Gregorio frunció el ceño.

—Pero eso no fue tu culpa. Tú solo supiste lo que iba a ocurrir, nada más —Renato sonrió con ironía.

—No todos piensan igual que tú.

—¿Y cómo fue que llegaste hasta aquí?

—Escapé de casa una noche antes de la muerte de mi padre. Una intoxicación con ron adulterado. Le quedaba poco tiempo. Si no hubiese muerto por eso, lo habría hecho con alguna otra complicación por su alcoholismo.

—¿Cuántos años tenías? —pregunta Gregorio y su voz suena de una manera a la que Renato prefiere no ponerle un nombre: es más fácil ignorarla así.

—No lo recuerdo —responde Renato. Aunque sí lo recuerda, en especial las noches en las que sueña con esa ocasión—. Cómo llegué aquí y todo lo demás, como dice una expresión popular, es historia.

—Qué misterioso eres —murmura Gregorio mitad broma, mitad en serio.

Por otro lado, mientras Renato charla con Gregorio, tiene que hacer un esfuerzo sobrehumano para no sumirse en la charla, para no hacer tan evidente su interés por la historia que Greg reconstruye con fragmentos de anécdotas y chistes locales que Renato no entiende del todo, pero finge sí entender.

Por primera vez, no es capaz de descubrir a simple vista qué es lo que piensa otra persona, o qué es lo que oculta con sus actitudes. Desde la llegada de Gregorio, debe hacer algo que nunca había hecho antes: preguntar. La sola idea puede llevarlo a un mutismo de horas. No sabe qué tipo de preguntas hacer o cómo hacerlas, así que prefiere callar. No obstante, el tiempo hace evidente que su relación no se basa mucho en palabras sino en acciones, y que cuando hablan es porque realmente vale la pena discutir un tema.

—Entonces... —murmura Gregorio, como quien no quiere la cosa—. Lo has hecho antes con un hombre.

No es una pregunta, sino una afirmación. Renato levanta la mirada y la fija en Gregorio. Éste se finge ocupado con lo primero que encuentra (una de las herramientas con las que Renato talla sus figuras, y Renato se muere la lengua para no hacer un comentario por la referencia fálica que encuentra en ese simple gesto). Aunque no se le ve particularmente nervioso o avergonzado, es evidente que Gregorio no se siente el todo cómodo con el tema. Tal vez por lo que implica por sí mismo, o tal vez porque quiere saber la respuesta sin ser demasiado obvio.

—¿Tú no?

Gregorio da un respingo y mira a Renato. Éste luce sereno, como la mayor parte del tiempo, y sus ojos verdes lucen tan penetrantes como siempre. Gregorio reprime el escalofrío que siente, no por miedo (ya no por miedo), sino por algo que aún no se atreve a nombrar, porque es peligroso y es mejor no pensar demasiado en ello.

—No —dice al fin.

—¿Y nunca se lo has hecho por detrás a una mujer? —pregunta Renato. Gregorio sonríe.

—Eso sí.

—No es tan diferente.

—¿En la teoría?

Es el turno de Renato para sonreír.

—Y en la práctica... Si eres tú el que la mete—. Después de contemplar su respuesta por unos segundos, agrega con total tranquilidad—: Es diferente cuando te la meten. Pero supongo que eso no tengo que decirlo, pues es algo lógico.

—Ah —exclama Gregorio y se acerca más a él—. Dime, ¿hablas desde la voz de la experiencia?

Renato se encoge de hombros.

—Decir los secretos de la gente no siempre me dio de comer.

—¿Entonces, tú...?

—En varias ocasiones.

Gregorio silba impresionado; Renato pone los ojos en blanco. Ninguno menciona nada más al respecto. Gregorio porque no sabe qué tanto debería preguntar —porque quiere hacerlo y algún día lo hará—; y Renato porque,

internamente, agradece la reacción de Greg. Agradece que no haga de su pasado una tormenta y que no lo mire con pena al conocer algunos de sus secretos.

—Y hablando desde la voz de la experiencia —bromea Gregorio mirando con picardía a Renato—, ¿qué te gusta más?

—¿Ya entramos en confianza? —pregunta Renato. Es el turno de Gregorio para encogerse de hombros.

—Nunca dije que tenías que responder.

—Y tú nunca haces comentarios sin tener una razón —replica Renato. Gregorio asiente con la actitud altanera y desafiante que lo caracteriza. Renato entorna la mirada—. Si es cuestión de gustos, definitivamente disfruto más con un hombre que con una mujer.

—No sé por qué —comenta Greg—, pero algo me decía que esa sería tu respuesta.

—Y algo me dice a mí que esta curiosidad tuya respecto al tema deja ver un interés misterioso en mi vida sexual. ¿O acaso estoy mal? —Gregorio no responde de inmediato—. ¿Es eso? ¿Sientes curiosidad por lo que se refiere al sexo y a mí?

—Tal vez.

—¿Por mi vida sexual en particular o sobre el sexo entre dos hombres? ¿O quizá por un poco de ambas?

Renato sonrío soberbio cuando Gregorio se queda en silencio, incapaz de dar una respuesta coherente a su última pregunta. Sin agregar nada más al respecto, se pone de pie, lo palmea en el hombro y lo deja solo. Desde lejos, puede apreciar las reacciones que atraviesan el rostro de Gregorio: la sorpresa y la curiosidad, quizá un poco de entendimiento y, afortunadamente, nada de repulsión.

Hay algunas cosas que son tan evidentes, que Renato no necesita dones o poderes para entenderlas. Posiblemente para Gregorio no sea igual. Así que Renato aguarda y no insiste, deja que el peso de aquella charla caiga por sí solo.

Gregorio ahora pasa largos minutos con la mirada fija en él, siguiendo sus movimientos y buscándolo con mayor constancia; incluso para las situaciones más ridículas, como preguntar la hora cuando bien sabe que en esa casa el tiempo no existe.

Renato espera: si en algo es experto, es en esperar y ser paciente. Deja

que sea Gregorio quien decida qué hacer y cómo actuar. Después de todo, para algunas personas, unos cuantos besos compartidos no son razón suficiente para buscar algo más, físico o emocional.

Una noche después de que regresa de comprar un poco de comida y los cigarros de siempre, Gregorio se le acerca por la espalda tanto que Renato puede sentir su aliento en el cuello. Renato cierra los ojos al sentir la caricia de Gregorio recorrer su pecho y luego el abdomen. Es inevitable el gemido que escapa de la boca de ambos cuando Renato se gira en el abrazo y atrapa los labios de Gregorio en un beso largo y profundo que les hace gruñir a ambos. Hay más caricias y en algún momento, Gregorio guía la pierna de Renato hasta que rodea su cintura y la distancia entre ambos es inexistente.

Pasa un rato hasta que Gregorio lo toma de la mano y lo lleva hasta una de las sillas y se sienta con Renato en su regazo. Renato se acomoda y, adrede, mueve su pelvis contra la de Gregorio, lo que hace gemir a ambos, uno con mucha más sorpresa que al otro. Renato se detiene un momento. Mira a Gregorio, atento, y, con la voz ronca, hace aquella pregunta que definirá todo lo que ocurra a partir de ese momento:

—¿Está bien?

Gregorio tarda unos segundos, pero finalmente asiente y Renato responde repitiendo el movimiento, buscando mayor fricción entre sus cuerpos.

El momento es así por un rato: fricción seca que los pone duros y hace que la ropa sea incómoda; lo mismo que la posición, que quizá no es la más adecuada para el momento que comparten. Besa a Gregorio y es, por primera vez, un beso completamente distinto a otros, sin medida ni pausas evidentes cuando el ambiente se caldea. Ahora, Renato lo besa marcando el ritmo: intenso y profundo. Pasa los brazos alrededor del cuello de Gregorio y mueve sus caderas. Uno de ellos gime, o tal vez son los dos, no importa. Hace tiempo que dejó de importar.

Renato se estremece al sentir las manos de Gregorio colarse por debajo de la camiseta y se ríe un poco cuando el contacto le provoca cosquillas. Gregorio repite sus caricias en ese punto hasta que Renato responde mordiéndolo a mitad de un beso. Si pasan segundos o una vida entera entre beso y beso, es algo que ninguno de los dos podría decir con precisión. En realidad, no es como si eso importara en aquel lugar en el que los segundos se funden con los minutos y las horas, y, en ocasiones, también con los días.

Gregorio pasea sus manos por el cuerpo de Renato, que es delgado y

correoso. Aprieta sus nalgas y persigue su boca cada que el otro se separa un poco para tomar aire. Los movimientos de cadera no cesan, la fricción continua y el interior de la casa, cálido de por sí, se calienta aún más con cada segundo que pasa, con cada jadeo y cada gemido entrecortado. Renato se corre primero, apenas si hace ruido, y mantiene los ojos cerrados mientras su cuerpo se tensa un poco. Gregorio lo hace después, escondiendo el rostro en el cuello de Renato, mordiéndolo con más fuerza de la necesaria y que trae como recompensa otro gemido por parte de Renato.

Al cabo de unos segundos, Gregorio se ríe. Es una de esas risas nasales que tiene de vez en cuando, y Renato lo mira con curiosidad aún en la posición en la que se encuentran: uno sentado en el regazo del otro, los dos con las mejillas aún encendidas, los labios hinchados y los pantalones sucios. Ante la expresión de Renato, Gregorio solo lo toma por el cuello y lo atrae hacia él nuevamente, y quedan frente a frente, separados por escasos milímetros en un beso que no se concreta.

—Deberíamos darnos un baño —propone Gregorio, para sorpresa de Renato.

—¿Qué te parece un rato en el mar? —pregunta Renato sin cortar el contacto visual, sin mover un solo músculo.

—No tengo traje de baño.

Ambos sonríen.

—Créeme, no lo vas a necesitar.

Incluso ahora que en su vida existe alguien más, hay momentos en los que Renato prefiere la soledad. Acostumbrado como está a ella, en ocasiones necesita alejarse un poco de Gregorio, quien es un hombre de ciudad y para quien estar rodeado de otras personas y hablar con alguien, aunque sea para discutir, es la norma. En eso, Gregorio es completamente opuesto a él.

Cuando Renato necesita estar solo, despierta temprano, mucho antes de que salga el sol. En la otra hamaca, Gregorio duerme profundamente y no se percata del momento en el que Renato pone los pies en el piso, pasa a su lado y sale de la casa, cerrando la puerta tras de sí.

Durante aquellas escapadas nocturnas no importa si la noche comienza o si se acerca peligrosamente al amanecer, Renato camina sin rumbo fijo. Sus

escapadas nocturnas a veces lo llevan hasta la playa, en donde permanece largas horas que pasan mientras escucha las olas romper contra la orilla. A veces sigue el sendero que lleva hasta el pueblo y ahí, pasea por él, invisible a los ojos de los demás.

Caminar a esas horas por las calles desoladas resulta acogedor, pues puede andar por los caminos sin preocuparse por lo que los demás digan y piensen de él. Habrá aprendido a vivir con los comentarios ajenos, pero siempre hay un momento en las noches más oscuras y tormentosas, justo después de las pesadillas y los recuerdos, en que el peso de su realidad cae sobre él y se da cuenta de que, a pesar de todo, no es tan inmune a todo lo que le ha ocurrido en la vida.

Al caminar por las calles desiertas de un pueblo que conoce más bien gracias a la oscuridad, es simplemente el hombre, no el brujo ni el demonio; es sólo Renato, y esa libertad para simplemente ser significa más que cualquier otra cosa.

En su andar, se cruza con un par de hombres que hablan a gritos y que están tan borrachos, que ni siquiera reparan en su presencia (uno, está seguro, es el que siempre se santigua cuando lo ve por el pueblo). Renato se detiene un momento para verlos y en su escrutinio, sabe que uno de ellos morirá de la misma manera que su padre: víctima de una intoxicación por alcohol adulterado. Ve en las facciones de aquel extraño al hombre que, de seguir vivo, sería un completo desconocido también, porque para él habría sido imposible vivir más tiempo a su lado, con sus reproches y su odio evidente.

Su rostro se mantiene imperturbable mientras los observa con atención casi clínica. Escucha sus risas estridentes y no mueve un músculo cuando uno se percata de su presencia y le hace señas para que se acerque a ellos a beber un rato. No dice nada. No hace ni siquiera el esfuerzo por acompañarlos, simplemente da media vuelta y sigue con su camino, mientras aún hay sombras a su alrededor.

El amanecer lo alcanza en el camino regreso a casa. Al levantar la mirada al cielo, ve salir el sol. Poco a poco el cielo se tiñe de colores y al cabo de unos segundos, no hay oscuridad en la cual ocultarse.

Gregorio le espera recargado en el marco de la puerta. Al verlo, Renato avanza a pasos más largos, aunque a la misma velocidad, hasta estar frente a él.

—No escuché el momento en el que te fuiste —dice Greg con la voz aún

rasposa por el sueño. Renato se encoge de hombros.

—Tienes el sueño muy pesado —responde.

Gregorio hace el amago de agregar algo más, pero por alguna razón, guarda silencio otra vez. Mira a Renato con los ojos entrecerrados por suficiente tiempo para que Renato levante ambas cejas y pregunte en silencio qué es lo que pasa. La respuesta lo toma por sorpresa: Gregorio da un paso hacia él y sin comentario alguno, sin explicar el porqué de sus actos, lo besa. Lo besa hasta que le hace olvidar al hombre del pueblo, los recuerdos de su padre, la caminata en la oscuridad y, más importante, la necesidad de estar solo.

Capítulo 6

Los días se vuelven semanas y las semanas se vuelven meses, y en ese tiempo Renato siente que ha vivido más que en veintitantos años anteriores. Hasta entonces, los días no eran más que una colección de horas y minutos en los que se dedicaba a responder preguntas y a conocer secretos ajenos. Ahora las cosas son distintas. Gregorio pone a prueba su paciencia todos los días y aunque hay momentos en los que añora la vieja calma y soledad, lo cierto es que poco a poco la presencia de Estévez es, no necesaria, pero sí bien recibida.

Es la primera vez que Renato tiene tal cercanía con otro individuo y es confuso. Los recuerdos de su familia rota, de su padre negándolo y de la gente huyendo de él suelen regresar de vez en cuando.

Su mente le dice que no es bueno tener a Estévez tan cerca, que eventualmente todo terminará como cada vez que se ha acercado a otro ser humano, pero el instinto le hace buscar el calor de Gregorio con cada vez más frecuencia y olvidar las preocupaciones.

Pronto, las dos hamacas desaparecen para dar paso a un colchón que Gregorio consigue en el pueblo y que coloca junto a la ventana. Renato no pregunta de dónde salió ni cómo llegó hasta la casa, sólo levanta una ceja inquisitiva y mira a Gregorio. Por su parte, éste sólo se encoge de hombros como si esa fuera la respuesta a la pregunta no dicha.

—No pretenderás que durmamos los dos en la misma hamaca —agrega Gregorio, ¿y cómo podría Renato refutar aquella observación, en especial cuando viene acompañada con aquella mirada sugerente que le invita a hacer cosas que antes no se había imaginado?

El colchón se vuelve el lugar más suyo, no porque sea donde pasan esos minutos eternos entre caricias que a veces terminan en un orgasmo y otras, con uno durmiendo en los brazos del otro. No, el colchón es también el sitio predilecto para las charlas que poco a poco adquieren un matiz diferente, un carácter importante: a veces juguetón, a veces solemne.

—Dime qué más sabes sobre mí.

—No sé mucho sobre ti.

—¿Cómo no vas a saber? —pregunta Gregorio mientras entorna la

mirada por lo absurdo de la situación—. Tú lo sabes todo.

—No, todo no.

—De acuerdo, de acuerdo, no todo; pero sí lo suficiente. ¿Qué más sabes sobre mí?

—Ya una vez preguntaste qué tanto sé sobre ti, Greg. Mi respuesta no ha cambiado desde entonces.

—Hagamos una prueba, entonces. Un juego, ¿qué te parece?

Renato permanece en silencio por algunos segundos. Gregorio lo codea en un par de ocasiones, por si así logra obtener una reacción de su parte, pero esto no lo inmuta. Al cabo de un rato, Gregorio gruñe descontento y se deja caer sobre el colchón una vez más, con los brazos cruzados detrás de la cabeza y la mirada fija en el techo.

—Hay muchas cosas que no sé sobre ti, y que no sabré si tú no me las dices —murmura Renato.

Gregorio no se incorpora del todo, pero sí voltea a verlo con un poco de curiosidad que no se preocupa por disimular. En el tiempo que lleva viviendo en aquella casa, ha aprendido de Renato un poco de paciencia, a mantenerse en silencio y esperar a que sea el otro quien tome las riendas de la conversación. A respetar los silencios y no presionar, incluso cuando quiera hacerlo. Renato funciona mejor de esa manera: cuando nadie lo presiona; cuando puede hacer las cosas a su ritmo, sin preocupaciones y sin expectativas. A veces eso significa que Gregorio no recibe una respuesta concreta a sus preguntas sino hasta días después, pero eso es lo importante: siempre obtiene una respuesta.

—Hace mucho tiempo —agrega finalmente, con esa seriedad que indica que la conversación no será como alguna otra que hayan tenido antes—, un par de personas me dijeron algo sobre mi habilidad.

—Querrás decir que un par de personas te hablaron sobre tu magia— le interrumpe Greg.

—¿Qué te parece si usamos el término maldición? —sonríe Renato. Gregorio se levanta un poco, hasta quedar nuevamente recargado en la pared, con la mirada fija en él.

—¿Quiénes eran esas personas?

—Una adivina y una bruja— dice con calma, quizá esperando por una reacción negativa. Gregorio levanta una ceja, pero no cuestiona nada. Renato le agradece por ello.

—¿Qué tiene que ver esta historia con todo lo que hablábamos hace unos minutos?

Renato se recuesta en el colchón una vez más. Permanece con la mirada fija en cualquier punto de la habitación, excepto en Gregorio. Éste, por su parte, espera un par de segundos antes de recostarse a su lado, apenas separados por un par de centímetros. Renato siente el calor que irradia el cuerpo de Gregorio y sonrío. Instintivamente, se acerca más a él, hasta que puede descansar su cabeza en el brazo desnudo de su acompañante. Gregorio no mueve ni un músculo, se queda en esa posición, esperando, simplemente esperando por explicaciones, respuestas o algún movimiento por parte de Renato.

— Cuando les pregunté a ambas por lo que soy —explica Renato al cabo de un largo silencio que Gregorio respeta con una extraña solemnidad—, las dos mujeres me dijeron que existen otros como yo en el mundo, pero que son muy pocos y que quizá, si seguimos tomando secretos y conocimientos ajenos, podríamos conocernos algún día. Tal vez no de frente, pero sí a través de los demás. Me dijeron, también, que mi habilidad llega mucho más lejos de lo que yo mismo puedo imaginar, y que debería preocuparme por ello.

—¿Y qué tiene que ver con el hecho de que hay cosas que sólo sabrás si me las preguntas directamente? ¿Qué podrías preguntarme que no sepas? Tú no haces preguntas, Renato, porque siempre sabes la respuesta.

Renato suspira.

—No cuando se trata de ti.

—¿Qué quieres decir con eso? —Renato se encoge de hombros como si quisiera restarle importancia a la pregunta de Gregorio. Éste frunce el ceño—. ¿Ahora finges que no sabes de qué hablamos?

—No, no es eso.

—¿Entonces?

—¿De verdad quieres saber?

Gregorio entorna la mirada.

—Sí sabes que, si no quisiera saber, no te habría preguntado en primer lugar, ¿verdad?

Renato vuelve a suspirar. Podría negarse a hablar. No sería la primera vez que lo hace, pero tal vez ése es precisamente el momento adecuado para hacerlo.

—Las dos mujeres coincidieron en algo —explica al fin—. Ambas

dijeron que un día conocería a alguien a quien no podría leer con la facilidad con la que leo y percibo los secretos de otros. No dijeron quién era, cuándo lo conocería o por qué sería diferente a otras personas. Sólo dijeron que esa persona sería importante en mi vida, que tendría un papel relevante en ella, que podría ser la causa de mi muerte o de mi felicidad.

Gregorio tarda unos segundos en responder:

—Oh.

—Sí.

Hay un momento de silencio que es muy distinto a cualquier otro que haya habido entre ambos. Gregorio sabe que está sonrojado por lo que implica el comentario de Renato, y el mismo Renato también se nota algo azorado. Aquella es una confesión poco convencional pero clara para quien sabe leer entre líneas, y Gregorio está seguro de que no está ahí para causar la muerte de Renato.

—¿Y qué más te dijeron esas mujeres? —pregunta Gregorio al cabo de un rato para aligerar un poco el ambiente—. Si hay otros como tú, y si existe la posibilidad de que se conozcan en algún momento, ¿piensas contactar a alguno?

Renato niega en silencio.

—No sé si quiero hacer algo como eso, si soy honesto. Bastante tengo con mi propio cúmulo de secretos, propios y de otras personas. También me dijeron que eventualmente mis conocimientos me consumirían, hasta destruirme.

Renato siente el cuerpo de Gregorio tensarse ante ese comentario. Éste se incorpora en la cama, apoyándose en su antebrazo derecho.

—¿A qué te refieres con eso?

—Tampoco yo lo entiendo del todo. Posiblemente se refieren a que saber tanto de tantas cosas, me volverá loco. Eso claro, si es que no lo estoy ya.

—Debo decirte algo grave, entonces —comienza Gregorio. Renato se incorpora y lo mira con curiosidad—: loco ya estás.

—¿Oh?

—Sí, porque si estuvieras cuerdo...

—Si estuviera cuerdo, ¿qué?

—Seguramente no estaría yo aquí.

Renato sonrío. Parece dudar un momento, pero finalmente se sienta a horcajadas sobre Gregorio. Estévez mantiene una expresión inescrutable por

algunos segundos, pero sonrío finalmente cuando Renato apoya los antebrazos a la altura de su cabeza y se inclina hacia él. Espera en esa posición, con la sonrisa en los labios y el peso de Renato sobre él, hasta que los dos, casi mágicamente, se acercan al mismo tiempo y se besan.

Después de un rato, Renato baja de encima y vuelve a acomodarse al lado de Gregorio, quien no dice nada, pero busca su mano, que aprieta suavemente. Renato siente que sus mejillas se encienden por ese gesto tan inocente, que se siente más íntimo que cualquier otro.

—Renato...

—¿Hm?

—¿Puedo preguntarte algo respecto a lo que hablábamos hace un momento?

—¿Tú preguntándome si puedes preguntar algo? Eso es nuevo — Gregorio pone los ojos en blanco, pero no pierde el tiempo intentando negar aquel comentario. Renato lo mira fijamente—. ¿Respecto a qué?

—A tus poderes.

Un silencio incómodo y, finalmente, Renato afirma con la cabeza.

—Si tu poder te ayuda a conocer los secretos de otras personas, ¿por qué a veces es como si supieras su futuro también?

Renato cruza los brazos detrás de su cabeza y permanece con la mirada fija en el techo por un largo rato, tanto que Gregorio piensa que no responderá a su pregunta.

—Muchos creen que los secretos son algo que sólo existe dentro de sí mismos —explica al fin, y su voz es tranquila—, pero yo veo y escucho los secretos de las demás personas todo el tiempo. A veces son secretos de la mente, y son fáciles de ver porque están muy presentes, aunque las personas crean que no. Es como cuando llegan visitas y puedo saber el nombre de las personas que quieren una respuesta, porque usualmente piensan cosas como “no le digas tu nombre al brujo”. Pero hay otros secretos, más profundos, que no siempre son los mismos que los secretos de la mente.

—¿A qué te refieres?

—No sé si creas en la existencia del alma —murmura Renato, quien se gira sobre su hombro para quedar frente a frente con Gregorio, quien le observa con atención—, pero podemos decir que este otro tipo de secretos son eso: secretos del alma. Nuestras almas también guardan secretos —agrega—: en ellas están escritos los momentos más importantes de nuestras vidas. Por

eso, si el alma lo grita con mucha fuerza, puedo saber cuándo morirá alguien. Y puedo ver cómo los secretos de las almas de algunas personas se unen con los de otras, en una red que se extiende infinitamente.

—¿Y te gusta escuchar y ver los secretos de las demás personas?

—No realmente.

—Si no quieres saber los secretos de las personas, ¿por qué sigues pidiéndolos como pago?

Renato no responde de inmediato. La pregunta de Gregorio flota en el ambiente, en el silencio que Renato se niega a romper porque el calor del cuerpo junto al suyo es mucho más agradable que las palabras y las explicaciones y los pensamientos que jamás lo han dejado en paz. Pero es Greg, precisamente, quien le ha hecho la pregunta, y no pasa mucho tiempo para que éste le dé una patada suave para llamar su atención. Renato gruñe y le dedica una seña obscena con la mano. Por toda respuesta, Estévez suelta una carcajada que también hace sonreír al otro.

—¿Y? ¿Me dirás?

—No tengo una respuesta clara a esa pregunta.

—Oh, por favor.

—Es cierto. Podría no pedir más secretos. En realidad, he intentado no descubrir secretos ajenos ni adentrarme en el alma de las demás personas, pero cuando menos me doy cuenta, los escucho.

—¿Como una adicción? —pregunta Gregorio. Renato lo piensa por unos segundos antes de asentir con la cabeza.

—Más bien, como una señal constante, y yo soy la antena. Cuando vivía en el pueblo —continúa el brujo—, hace ya muchos años, había ocasiones en las que buscaba inconscientemente los secretos de los demás, hasta que me di cuenta de que ni siquiera yo podía con tantos secretos guardados al mismo tiempo y aprendí a aceptar sólo unos pocos. Todos los secretos se unen hasta cierto punto, en esa red de secretos que te mencionaba antes. Una sola persona puede conectarme con otras al mismo tiempo. Entre más personas conozco, más se entrelazan los secretos y más sé sobre todos, sobre el mundo.

—¿Cómo puedes con todo? —pregunta Gregorio con sorpresa en la voz.

Renato no quiere ver cosas donde no las hay, pero casi puede distinguir que también hay algo de preocupación ahí.

—He aprendido a ignorar mucho de lo que sé —responde—. Cuando comencé a hacer esto, lo más sencillo fue tomar el conocimiento de los demás:

uno a la vez. Es más fácil de controlar.

—¿Por qué no cobras con dinero?

—Nunca me ha importado el dinero.

—¿Cómo? —Y la pregunta es muy sincera. Gregorio frunce el ceño, consternado, porque no comprende cómo alguien puede tener semejante poder y no desear aprovecharse de él—. ¿Ni siquiera al principio?

—Ni siquiera entonces.

—¿No decías que responder a las preguntas ajenas y decir los secretos de los demás también te daba de comer? —agrega Gregorio.

Renato voltea a verlo, honestamente sorprendido de que recuerde eso de una de sus conversaciones pasadas, en especial cuando aquella conversación en particular dejó al aire algo que en aquel momento fue más interesante. Renato no puede evitar pensar que Gregorio es más impredecible de lo que pensó que era.

—Aunque llegaron a pagarme con cosas materiales —responde después de unos segundos—, nunca fue tanto como para volverme rico, sino sólo para cubrir las necesidades básicas. Ya sabes. Comida, ropa. Unos cigarros de vez en cuando.

—Eres todo un ermitaño.

—Es la mejor vida para alguien como yo.

Renato se sobresalta por la fuerza con la que Gregorio lo toma del rostro y une sus labios en un beso que es más un choque de dientes que un beso propiamente dicho.

—No es la mejor vida para nadie —exclama Gregorio una vez se separa de Renato—. Y tampoco es la mejor vida para ti. ¿Por qué te haces menos a ti mismo? Sé que tu vida, en general, ha sido una mierda, pero eso no significa que debas quedarte encerrado en un lugar como éste sólo para que los demás no hablen mal de ti o para no tener que relacionarte con otros. Eso es darle la razón al resto de la gente.

Renato no responde. Observa a Gregorio en silencio, intrigado por su ceño fruncido, el enfado en su mirada y la mueca en su rostro. Sin comprender del todo el porqué, desvía la mirada una vez más al sentir que su rostro arde por algo que no es vergüenza, pero tampoco es del todo alegría o algo similar. Es tan complicado que no sabe cómo catalogar sus propias emociones. Es la primera vez que alguien muestra preocupación por él de ese modo y no sabe qué decir.

Traga en seco un par de ocasiones, y a duras penas logra deshacer el nudo en su garganta.

—Gracias por decir que mi vida ha sido una mierda —murmura sin malicia, en un intento fallido por aligerar la tensión.

Gregorio vuelve a voltearlo, ahora con suavidad, y lo besa otra vez. Es un beso lento y tan dulce que Renato se siente al borde de las lágrimas, y eso no puede ser. Hace todo lo humanamente posible para que sus emociones no lo delaten, pero basta con que Gregorio coloque una mano en su nuca y con la otra acaricie una de sus mejillas para que cualquier intento por suprimir sus emociones se vaya al diablo.

No llora, pero se aferra a Gregorio como si su vida dependiera de ello.

Minutos más tardes, cuando la emotividad de aquel instante disminuye por completo, ninguno hace mención a lo ocurrido. No es por vergüenza, o al menos no es sólo por esa razón; es más bien un entendimiento mutuo. Es como si las palabras no fueran necesarias. Sólo una mirada basta y ambos saben, por primera vez, qué es lo que quiere decir el otro.

No es una declaración de amor, ambos están conscientes de ello, pero ese instante ha hecho que aquello que hay entre ambos cambie por completo. ¿Exactamente a qué? Aún no lo saben, pero, para sorpresa de ambos, la idea de descubrirlo con el tiempo no molesta a ninguno de los dos.

Renato despierta cuando siente la caricia de Gregorio. Su primera reacción es la de desconcierto, pero basta con reconocer la mano que sube por su pierna para relajarse una vez más y que una sonrisa adormilada aparezca en su rostro.

Vuelve a acomodarse en su lugar y cierra los ojos mientras Gregorio continúa con su caricia. De la pierna, pasa al muslo y después, como quien no quiere la cosa, introduce la mano dentro del pantalón de Renato. Éste jadea y da un respingo porque aquel movimiento lo toma por sorpresa —oh, qué sorpresa tan agradable—, y se acomoda para permitirle mayor acceso.

Los movimientos de ambos son lentos, más adormilados que despiertos, y se prolongan por un rato en el que Renato siente a Gregorio endurecerse y restregándose contra él. Con los ojos cerrados, se mueve al compás de la mano de Gregorio, mientras éste también besa su cuello, lo muerde y murmura

cosas ininteligibles.

Al cabo de un rato, Renato se acomoda boca abajo, hundiendo su rostro en la almohada hasta que la necesidad de aire le hace ladearlo. No abre los ojos. Gregorio lo desnuda por completo, con una lentitud inusitada en él y la piel de Renato se eriza, aunque dentro de la casa la temperatura va en aumento por la hora, la salida del sol y sus cuerpos desnudos sobre el colchón.

Con los ojos cerrados, Renato solo es consciente de los movimientos de Gregorio, de sus caricias y de la sensación húmeda, fría y resbalosa entre sus piernas. Sin abrir los ojos, Renato deja que Gregorio sea quien dirija todo, quien abra sus piernas para acomodarse mejor y quien marque el ritmo.

Durante el acto, Renato murmura algo en un idioma que Gregorio no entiende del todo pero que ha escuchado en los alrededores, y no pasa mucho para que cada músculo suyo se tense y se corra por primera vez esa mañana. Gregorio deja que Renato sienta cada uno de sus movimientos durante el orgasmo, y Renato se estremece, no tiene fuerza suficiente para apoyarse y cae sobre la cama con un quejido ahogado mientras Estévez continúa sus movimientos cada vez más erráticos. Exhausto, Renato deja que el sopor se apodere de él.

Cuando vuelve a despertar, el interior de la casa se siente mucho más caliente que de costumbre y el cuerpo de Gregorio no ayuda a cambiar esa percepción. Renato apenas se gira sobre su costado y observa el perfil de Greg. No hace ningún movimiento, solo deja que pasen los segundos mientras lo mira: su expresión relajada, el subir y bajar acompasado de su pecho mientras respira, la forma de su nariz y de su boca. Siente el impulso de acercarse a él y besarlo hasta saciar una sed de la cual no era consciente hasta ese momento, pero no lo hace. Tal vez después, piensa, cuando pueda ponerle un nombre a todo lo que pasa entre los dos y sea menos aterrador hacerlo.

Poco después, se aleja un poco, con cuidado, y sale del colchón. Camina desnudo por la casa hasta encontrar su pantalón que lanzó descuidadamente la noche anterior, y es lo único que se viste antes de salir hacia la playa.

Minutos o tal vez horas mucho más tarde, Gregorio entra al mar con él.

Capítulo 7

Si medio año atrás, alguien le hubiera pedido a Renato que hiciera una lista de todos los momentos felices de su vida, habría descubierto, no sin cierta lástima, que podía contarlos con una sola mano. No es que se sintiera particularmente infeliz, sólo no usaría la palabra “felicidad” para hacer una descripción de su vida. Quizá lo que ocurría entonces era que Renato tenía un concepto un tanto diferente al de otras personas sobre la felicidad. En ese entonces, mientras tuviera un techo encima de él, algo para comer, un poco de agua y un cigarro de vez en cuando, no hacía falta nada más.

Hasta que llegó Gregorio.

Antes de Gregorio, todo era gris. Antes, había monotonía y días interminables, parecidos uno al anterior. Gregorio es una luz en un lugar en el que Renato estaba acostumbrado a estar a oscuras. Es el sonido del mar al golpear la arena y el de las aves al trinar por la mañana. Es una noche en vela hablando de cosas absurdas y un trago de agua en un día excepcionalmente caluroso. Gregorio... Gregorio es sólo Greg y es precisamente por eso que es tan importante ahora.

Posiblemente Renato no es del todo consciente de la importancia de Gregorio en su vida. Quizá no se ha detenido a pensarlo del todo, o tal vez no quiere pensar en ello. Quizá se trata más de disfrutar los momentos que comparten, las charlas a veces superficiales y otras veces profundas, que les ayudan a conocerse un poco más, sin llegar a hurgar demasiado en los secretos del otro. Hay algunos límites que toma un poco más de tiempo superar, aunque eso no significa que alguno de ellos no lo intente de vez en cuando, y presione tanto como el otro se deje antes de cambiar el tema.

—¿Por qué decidiste quedarte en este lugar? —pregunta Gregorio una tarde desde el colchón mientras Renato se encuentra sentado en la mesa.

—Porque nadie reclamó este lugar cuando comencé a vivir aquí.

—Típico de los brujos —responde Gregorio mientras sonrío un poco. Desde la mesa, Renato sonrío también.

—¿Conoces a muchos brujos, entonces? —pregunta con tono juguetón.

—A uno. Es insufrible, ¿sabes?

—¿Ah sí?

—Sí.

—¿Y por qué lo aguantas?

—Por el sexo.

—¿Solo por eso?

Gregorio finge pensar por un momento.

—Sí, solo por eso.

—Idiota.

La única respuesta que da Gregorio es una risa que casi hace cimbrar las paredes de la casa. Desde la mesa, Renato también sonríe. Al cabo de un rato, se pone de pie y sale de la casa. Gregorio lo escucha caminar afuera y por un momento, la calma del interior, el sonido lejos de las olas y el calor del día logran adormecerlo un poco. Cuando abre los ojos una vez más, Renato ha regresado a su posición en la mesa y hace algo con una soga.

Gregorio no se preocupa por preguntar qué es exactamente aquello en lo que trabaja Renato. A esas alturas, sabe que es inútil hacer preguntas al respecto. Además, es mejor reservar sus preguntas para las dudas que realmente valen la pena.

Observa a Renato por unos segundos más y no sabe si es por el momento o qué, pero carraspea, llamando la atención de Renato. Éste pausa su trabajo un instante para verlo y levanta una ceja, inquisitivo.

—¿Alguna vez has pensado en irte de aquí? —pregunta Gregorio en voz baja.

—¿De esta zona? —cuestiona Renato.

—De esta cabaña.

Renato frunce el ceño.

—¿Por qué habría de irme?

—Porque el mundo no es esta cabaña.

Renato hace una pausa, mira a su alrededor, como sopesando las palabras de Gregorio, saboreándolas antes de dar una respuesta clara y, finalmente, regresa a su labor manual encogiéndose ligeramente de hombros.

—Digas lo que digas yo tengo clara una cosa: mi mundo no es muy grande, de todas maneras. ¿Para qué pensar en irme de este lugar que me ha servido como refugio por todos estos años?

Gregorio frunce el ceño y se yergue de un solo impulso hasta quedar sentado en el colchón.

—No puedes hablar en serio.

—¿Por qué no?

—Porque a pesar de todo, me cuesta creer que estés realmente contento con la vida que llevas en este lugar.

Renato tiene la impresión de que hay algo que Gregorio no dice del todo, pero prefiere fingir que no se ha percatado de ello. Cree saber (y la incertidumbre es un verdadero fastidio) hacia dónde se dirige esa conversación, y prefiere evitarla. Renato aún no está preparado para hablar de sueños que han quedado guardados bajo llave por ser realmente imposibles.

—No necesito mucho para estar contento —responde finalmente, buscando la manera más diplomática para salir por la tangente sin que sea tan obvio lo que hace—. En este lugar tengo todo lo que necesito: un techo sobre mí, agua, comida, ropa...

—¿Sólo eso?

Renato suspira.

—Sabes la respuesta a esa pregunta.

Afortunada y quizá extrañamente, Gregorio no insiste en ese tema, aunque es claro que la curiosidad sigue ahí.

—Supongo que no eres muy cercano a las cosas materiales, ¿ah?

—No me llevaré nada cuando me muera, ¿para qué llenarme de objetos? Lo poco que tengo, está guardado, y lo sabes. No necesito mucho, además.

—¿Todas tus cosas importantes, las cosas materiales, las tienes en aquella caja?

Renato levanta la mirada distraídamente y fija la vista en la misma dirección que Gregorio.

—Tal vez.

Sin dar más explicaciones, continúa su trabajo. Coloca todas sus herramientas sobre la mesa y apenas es consciente del momento en el que Gregorio se pone de pie y va hasta el rincón. Apenas si le escucha abrir la caja, pero no presta demasiada atención.

—¿Y qué tanto tienes aquí? —pregunta Gregorio mientras hurga dentro de ella.

Renato no responde de inmediato, sigue con su interesante labor de atar la soga mientras escucha a Gregorio murmurar para sí y revolver los objetos que guarda en aquella caja de madera. No le sorprende la curiosidad de Gregorio, a esas alturas ya sabe que es un hombre curioso por naturaleza; ¿qué más, sino, lo hubiera llevado hasta aquella choza junto a la playa?

Hace tiempo que Renato no guarda cosas en aquella caja. No hay mucho en ella, sólo algunos objetos sin valor material, aunque sí emocional, que ha ido recolectando a lo largo del tiempo, el viejo cuaderno con las direcciones y los teléfonos de sus familiares a quienes nunca contactó; el collar favorito de su madre que nunca pensó en vender, ni en sus momentos de mayor necesidad; una carta de tarot que le dio Christelle Annoa y de la cual nunca supo ni quiso saber su significado; un amuleto contra el mal de ojo que le obsequió Ferdina y algunas cosas que le han dado algunos clientes.

Renato siente un escalofrío al recordar qué más hay en aquella caja. Prefiere no voltear cuando el interior de la cabaña se queda en silencio total. Aguarda con paciencia a que Gregorio hable, porque lo hará, y por primera vez en su vida, no saber qué ocurrirá es algo que le intimida de verdad.

Pasan los segundos y no hay respuesta, así que poco a poco Renato se voltea hasta quedar frente a Gregorio, que tiene en sus manos el medallón de Luisa y lo mira en completo silencio, sin expresión alguna en su rostro. Eso es precisamente lo terrible: la falta de emoción en un hombre tan visceral como él. Renato tiene mil preguntas en la punta de la lengua y, no obstante, es incapaz de formular incluso la más sencilla de ellas.

Una vibración se siente en el aire, recorre a Renato de los pies a la cabeza, lo vuelve consciente de la distancia que lo separa de Gregorio, que puede recorrerse en dos pasos o quizá menos, y también le hace estar atento a los latidos de su corazón, a su respiración sorprendentemente estable. Por dentro, Renato grita. Por fuera, es la serenidad hecha hombre.

Finalmente, Gregorio lo mira y Renato sabe, simplemente sabe, que en el interior de aquel lugar se desatará el pandemónium.

—Este medallón...

—Es de ella.

Renato no está completamente seguro de qué es lo que lo lleva a hablar en ese momento, porque todo ocurre de manera inconsciente. De sus labios salen las palabras antes de que pueda pensar en la manera adecuada para decirlas sin herir a Gregorio, aunque sabe que tal cosa no es posible, que endulzar las palabras sería mucho peor. Dentro de la casa se ha perdido el ambiente cuasi juguetero que había aparecido entre ambos y es tanta la tensión en el ambiente, que es físicamente imposible no sentirla como un peso sobre los hombros.

Es, además, la primera vez que Renato se siente de esa manera, porque al

parecer, todas sus primeras veces importantes tienen que pertenecer a Gregorio. Tiene un verdadero nudo en la boca del estómago y un frío extraño lo recorre desde la parte baja de la espalda hasta cada una de sus extremidades; un temblor que apenas puede disimular ocultando las manos debajo de la mesa.

Pasa una vida hasta que Gregorio levanta la mirada para encararlo y Renato se congela, no hay otra manera de decirlo. Se congela ante la mirada de un completo desconocido. Gregorio es Estévez otra vez, cualquier acercamiento que ha habido entre ambos, cualquier indicio de algo distinto a la amistad o simple camaradería o cualquier otra cosa, se ha perdido por completo. Estévez lo observa y Renato puede ver el momento en el que todo cobra sentido para él.

—Así que ella dejaría el medallón atrás.

—Técnicamente, eso es lo...

—Me dijiste que se fue y que dejaría el medallón —interrumpe Estévez—, pero no me dijiste que estaría en esta caja. ¿Por qué lo tienes tú?

Renato mira a Gregorio fijamente. Ve la tensión en su cuerpo, una vena en su cuello salta a la vista y, por un momento, cree ver que su cuerpo tiembla por la ira contenida. La idea de decir una mentira pasa por su mente, pero la ignora casi de inmediato. ¿Qué caso tiene ocultar la verdad? Gregorio no es estúpido y está enojado, echa lumbre por los ojos.

—Ella lo dejó aquí —dice por fin.

—¿Por qué?

—Como pago por responder a sus preguntas.

—Tú no cobras así —le espeta Gregorio—. Nunca pides cosas materiales, tú mismo me lo has dicho y yo lo he visto en muchas ocasiones. ¿Qué hace el medallón en tu casa?

—Yo no tomé esto, no fue mi pago por responder. Ella lo dejó aquí —repite Renato, firme, más firme de lo que él mismo pensó que sería en esa situación—. Después de que respondí a su pregunta, lo dejó aquí y se fue.

Gregorio golpea la mesa con fuerza. La tensión en su cuerpo parece ir en aumento, se nota en sus músculos. Es como si justo en ese momento hiciera acopio de toda la fuerza de voluntad que posee para no gritar y destrozar la casa a golpes y patadas. O para no gritar y destrozar a Renato, moliéndolo también a golpes y patadas.

—¿Qué fue lo que le dijiste cuando vino a verte?

—¿Y para qué quieres saberlo?

—Dímelo.

—No creo que te haga bien saberlo.

—¡Dímelo!

—Le dije cuánto tiempo le quedaba de vida.

Gregorio lo mira con sorpresa. Renato ve todas las emociones que pasan por su rostro y de inmediato, recuerda cuando Luisa recibió la misma noticia, cuando supo que su vida estaba por terminar y que sus sueños se quedaban trancos. Pero a diferencia de Luisa, Gregorio no muestra resignación y sí incredulidad. Su rostro palidece y sujeta el medallón con tanta fuerza que Renato teme que pueda romperlo de un momento al otro.

—Esto fue un error.

—¿Qué quieres decir?

Renato mira a Gregorio al rostro, busca su mirada, pero él lo evita, con los ojos fijos en cualquier otro lugar. Es diferente a esos meses atrás, cuando esquivaba su mirada porque no quería verse reflejado en sus ojos inquisitivos. Ahora parece esquivarlo porque no puede soportar la idea de verlo a los ojos.

Renato se pone de pie con cuidado y nota que Gregorio da un respingo.

—¿Greg?

—No te acerques —murmura el otro y Renato se congela por un momento mientras siente un sudor frío bajarle por la espalda—. Todo esto ha sido un error.

Cuando, al fin, Greg levanta la mirada, Renato da un paso hacia atrás, porque Gregorio lo mira tal y como lo hizo su padre el día en que murió, y Renato recuerda esa mirada, la recuerda muy bien.

—¿Está muerta? —Un silencio—. ¡Respóndeme!

Renato da un respingo y mira hacia otro lado, nervioso. Siente un hueco en el estómago porque no sólo es Gregorio quien lo mira así, quien le grita de esa forma, es el fantasma de su padre, que regresa con más fuerza que antes.

De alguna manera, logra responder.

—No llevo la cuenta de los días, ¿sabes?

—¿Eso es un sí o un no? ¡Contesta!

—No te atrevas a gritarme en mi propia casa, Gregorio Estévez, o a decirme qué es lo que debo hacer.

Gregorio aprieta los puños con fuerza y da un paso hacia Renato, con actitud amenazante.

—No intentes hacerte el duro conmigo, brujo—. Calla y espera la respuesta de Renato, pero ésta no llega. Gregorio da un paso hacia atrás otra vez y suelta otro puñetazo contra la mesa, que se tambalea peligrosamente—. Si hubiera sabido... Si lo hubiera sabido, que ella... Jamás debí venir. Todo este tiempo tú sabías que ella estaba por morir y aun así... —Hay una pausa en la cual Gregorio levanta el rostro y mira a Renato con tanto odio, que éste da un paso hacia atrás.

—Buscarte fue un error —espetea Gregorio.

Renato reconoce el odio que brilla en sus ojos. Es la misma mirada que tenía su padre el día en que le dijo que era un demonio, tantísimos años atrás, y Renato siente que algo dentro de él se rompe.

—Vete —murmura con voz grave.

Gregorio parpadea un par de veces, desconcertado a pesar de su ira. Abre la boca para decir algo más, pero Renato se adelanta. Levanta el rostro, lo mira firmemente, molesto con Greg por sus reclamos, pero más consigo mismo, por permitir que esos reproches le hieran como lo hacen en ese momento.

—¿No escuchaste? Dije que te fueras.

—¿Y ahora eres tú quien está enojado? —bufa Estévez—. No me jodas. ¿De verdad? ¿Cómo crees que me siento...?

—Oh, pobre de ti —le interrumpe Renato y hay peligro en su voz, en su porte y en su mirada penetrante—. Pobre Gregorio Estévez con sus sentimientos heridos, porque aparentemente es el único ser humano en el mundo que puede sentir.

Gregorio da un paso al frente otra vez, pero se detiene de golpe, como si cayera en cuenta de algo en ese momento. Aprieta los puños con fuerza y mira a Renato con aversión por un segundo eterno.

—¿Lo planeaste todo? —pregunta Gregorio entre dientes—. ¿Lo hiciste adrede?

Renato frunce el ceño, desconcertado.

—No soy capaz de hacer eso y lo sabes.

—¿Lo sé? ¿De verdad? Ahora no sé quién eres, brujo.

Renato no sabe qué responder.

—No puedo creer que me haya enredado con alguien como tú. Dios, me siento tan asqueado ahora mismo.

Eso es lo último que dice antes de dar media vuelta y salir por la puerta

abierta. Renato se queda de pie, viendo su silueta alejarse por el camino. Se ha llevado el medallón con él.

Cuando no hay rastro de Gregorio, regresa al interior de su casa, se deja caer en la silla nuevamente y cubre su rostro con ambas manos. Piensa que, si hubiera sabido que el medallón le causaría tantos problemas, se habría deshecho de él desde hace mucho. Pero ese medallón ha sido, al final, algo relacionado con Gregorio, y por eso a sus ojos siempre ha sido sólo un objeto dejado por una mujer más. Cierra los ojos cuando lo dicho por Greg resuena en su mente e inhala con profundidad por la nariz, en un intento por controlar su respiración que amenaza con quebrarse.

Al cabo de unos minutos, se pone de pie. Acomoda la silla y las pocas cosas que se volcaron de la mesa cuando Gregorio la golpeó con los puños. Después de una hora, cuando siente que las emociones de aquella discusión se han apaciguado un poco, prepara la cena para dos y cuando dan las doce de la noche y no hay rastro del otro, decide que no tiene hambre. Se va a dormir sintiendo un vacío que nada tiene que ver con la falta de alimento.

Gregorio no regresa al día siguiente. Tampoco lo hace al día que sigue de éste. Ni el día que sigue de aquél.

Cuando pasan dos semanas y Gregorio no vuelve, Renato sabe que no regresará. No lo sabe de la misma manera como sabe todo lo demás. Es más bien un sentimiento en el pecho, una emoción que se había jurado no volver a sentir desde que, a los diez años, abandonó la casa de su padre para no volver a verlo jamás.

Cuando pasa un mes y luego otro, Renato intenta convencerse de que desde un principio era evidente en qué terminaría su historia. Después de todo, los diablos como él, los hombres malditos como él, los brujos como él, aparentemente están destinados a la soledad. Intenta convencerse de que, gracias a sus poderes, siempre supo que las cosas terminarían tarde o temprano y que, al menos, disfrutó mientras pudo. Es una mentira, claro, y Renato siempre ha sido muy malo para mentirse a sí mismo. Sin embargo, cuando se escuda en esas ideas, la realidad se vuelve un poco más soportable, aunque no por ello menos gris.

Capítulo 8

Gregorio regresa a su antigua casa y descubre que alguien entró en ella y robó las pocas cosas que tenía ahí dentro. En la casa deteriorada por el abandono de un año encuentra ropa vieja y algunas fotografías. También encuentra un gato negro que ha hecho de su cama su nuevo hogar y que lo araña con tal fuerza que Gregorio decide no acercarse a él nunca más.

Al cabo de unas semanas, Gregorio tiene ropa nueva y muebles de segunda mano, una cuenta bancaria que se acerca peligrosamente a los números rojos y un gato con el que ha logrado hacer las paces de manera misteriosa.

Con el pasar de los días, enfoca su mente en todo menos en la casa junto a la playa y en la persona que vive ahí. Así que se reporta vivo a los pocos miembros de su familia que podrían interesarse por eso (ninguno, al parecer; aunque no es como si eso importara), visita a un par de amigos que lo creían desaparecido y otros que aseguraban que regresaría eventualmente, y nada está bien, pero él finge que sí.

No pasa mucho tiempo para que se adapte a esa nueva versión de su día a día. La vida antes de Renato es distinta a como Gregorio la recuerda. Cuando piensa en lo que hacía antes de conocer al brujo, se da cuenta de algo muy importante: su vida era monótona hasta entonces. Antes de Renato estuvo Luisa, una familia con la que realmente no mantenía contacto y un trabajo que, a pesar de los desahogos que le brindaba, odiaba con toda el alma. Antes de Renato estaba la comodidad de una rutina.

Después de Renato todo es completamente distinto. Luisa ya no está, su familia sigue ausente y el trabajo de antes ya no existe. Después de Renato hay un hueco dejado por la persona menos esperada. Después de Renato, Gregorio se siente menos él y más un extraño en su propio cuerpo. Los días son eternos y las noches muy cortas; a su alrededor encuentra cosas que no tienen nada que ver con Renato y que, no obstante, podrían tenerlo. Gregorio se ha descubierto a sí mismo buscando una respuesta que jamás llega, porque está solo, y por primera vez en su vida, la soledad es algo que relaciona con alguien más.

Pasan un par de meses. En su vida hay cambios menores: arregla la casa, consigue un nuevo trabajo (no mejor que el anterior, pero tampoco demasiado

terrible) y sigue sin ponerle nombre al gato, que se vuelve su única compañía durante los primeros días de soledad voluntaria. Al cabo de un tiempo, sale de casa con mayor frecuencia. Recupera algunas amistades perdidas, y otras definitivamente no regresan. Sale con personas con las que, en otras circunstancias, jamás habría salido y compra alguna noche de vez en cuando.

No es una vida excelente, pero se acerca un poco a la ilusión de una que sí lo es.

Además de los recuerdos de Renato, Gregorio se enfrenta cada vez con mayor frecuencia a los recuerdos de Luisa. El día en que dejó al brujo, se llevó consigo el medallón que ella dejó en su casa y ahora, como una de las pertenencias de Gregorio, es inevitable para él no observarlo de vez en cuando, o preguntarse qué será de su dueña.

Por curiosidad, una tarde toma el teléfono y marca el número que aún recuerda de memoria, ése en el que nadie ha contestado las últimas veces que ha llamado. Está por cortar la llamada, cuando contesta una voz que no había escuchado en mucho tiempo. Minutos después, al terminar una charla que comenzó con el hermano de Luisa y terminó con su madre, tiene planes para el día siguiente. No está del todo seguro de cómo es que ocurrió todo, pero sabe algo: debe verla al menos una última vez.

La casa de Luisa es como la recuerda. Su interior no ha cambiado en lo más mínimo: los muebles son los mismos, la pintura desgastada de algunas esquinas continúa igual, incluso el perro lo recibe con la alegría con la que lo hacía tiempo atrás. Sin embargo, es un lugar completamente diferente. Es recibido por el padre de Luisa, quien lo conduce hasta la cocina, donde se encuentra su madre. El hermano no está en casa ese día, y quizá sea mejor así; ellos nunca se llevaron muy bien que digamos.

—Te noto diferente —dice la madre al cabo de un rato.

—Han pasado muchas cosas en un año —responde Gregorio. La mujer asiente, con resignación.

—No puedo decir que no sea igual en nuestro caso.

Ambos evitan hablar de cómo toda la familia se ocultó durante todo ese tiempo y de lo que significó para él.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta Gregorio al fin.

—Serena y eso es lo importante —responde el padre.

Gregorio recuerda las ocasiones en las que visitó aquella casa, las charlas con la madre, las miradas de advertencia del padre cuando su mano se posaba demasiado tiempo en la pierna de Luisa, o en su brazo, o alrededor de sus hombros.

Recuerda las charlas, la picardía que había en los últimos meses de su relación, cuando era evidente que el matrimonio sería el siguiente paso lógico, la insinuación de lo que ocurriría con la familia una vez se volviera más grande, los planes ajenos para que hubiera niños corriendo por aquella casa. Mientras recuerda todo, también ve a dos padres resignados por la suerte de su hija, quien morirá en muy poco tiempo, quienes vivirán para enterrarla cuando debería ser lo contrario.

—Hicimos todo lo que pudimos —dice el padre al fin—, pero ella no tiene cura.

—Le pedimos que te lo contara —agrega la madre de Luisa; Gregorio sabe que se está tragando las lágrimas—, pero ella insistió, y teníamos que respetar sus decisiones, Gregorio. Lo siento mucho.

—No se preocupen, entiendo.

La mujer quiere agregar algo más, pero la mano de su esposo sobre su hombro la detiene.

—¿Por qué no pasas a verla? Es a lo que has venido, no a hablar con dos viejos.

—Está en su habitación —murmura la madre—. Sabemos que conoces el camino.

En otras circunstancias, Gregorio se sentiría mortificado por las implicaciones de ese comentario. Esa tarde, no obstante, agradece en voz baja y sigue el camino que lleva a la habitación de Luisa. Mientras sube las escaleras, piensa en las ocasiones en las que recorrió el mismo camino con la promesa del cuerpo de Luisa esperándole en la habitación, mientras sus padres se encontraban en algún otro lugar, o incluso en la misma casa, pero hablando con otros familiares. Una sonrisa nostálgica aparece en su rostro porque eso es como si fuera parte de otra vida. Tal vez es así.

La puerta de la habitación está abierta. Respira profundamente y entra sin avisar.

Gregorio debe hacer una pausa porque la mujer que está delante de él es Luisa, pero no la misma Luisa que él recuerda. Está tan delgada que casi

puede ver sus huesos incluso con todas las capas de ropa que lleva encima pese a que el clima es cálido en aquel lugar. Ella lo mira y es evidente que sabía de su visita, pero eso no significa que esté contenta con ella. Y en un instante, Gregorio sabe que es la misma; pese a todo lo que ha pasado, es la misma mujer de quien se enamoró años atrás.

—¿Por qué estás aquí? —pregunta Luisa sin dejar de mirarlo. Gregorio sale de su letargo y da un paso al frente, acercándose a ella hasta sentarse en una silla que se encuentra a un lado de la cama.

—Porque necesitaba verte.

—¿Por qué?

La pregunta se queda en el aire por unos segundos, los mismos que Gregorio tarda en llegar hasta la silla que está junto a la cama de Luisa. Se sienta en ella y le ofrece su mano, que ella observa con recelo hasta que, finalmente, la toma con lentitud. Su mano se siente fría, irradia tensión. Gregorio la sujeta suavemente y poco a poco, siente cómo se relaja entre la suya.

—¿Por qué has venido a verme, Gregorio?

Cuando Gregorio levanta la mirada, descubre a Luisa mirándole con curiosidad. No ya enfado ni vergüenza porque la vea en las condiciones en las que está, sólo eso: sincera curiosidad.

—Porque la última vez que nos vimos hubo muchas cosas que no nos dijimos.

—¿Qué querías que te dijera? ¿Que me voy a morir y que no hay nada que pueda hacer para evitarlo? Preferí ahorrarte la pena—. Un suspiro—. Y, sin embargo, aquí estás. Más de un año después, pero aquí estás. Pensé que te habías olvidado de mí.

Gregorio quiere decir algo, pero calla de inmediato cuando ella vuelve a hablar:

—No es reproche, aunque lo parezca. Sabes que mi intención fue que no nos volviéramos a ver. Tal vez no fue la mejor manera y quizá debí decirte mis razones, pero no podía hacerlo en ese entonces.

—Te busqué —acepta él. Ella asiente.

—Lo supuse. Nos escondimos bien.

—¿Eso hicieron? ¿Escondirse?

Ella parece meditar su respuesta.

—No. Pero pedí que nadie dijera a dónde íbamos, y así lo hicieron.

Ambos se quedan en silencio. Gregorio recuerda en un instante lo mucho que la buscó, las constantes visitas a todos sus familiares, conocidos y amigos, a cualquier persona que pudiera decirle en dónde se encontraba ella y por qué lo dejaba justo después de que le propuso matrimonio. Nadie decía nada. Los pocos que sabían la verdad, guardaron silencio. Lo único que supo fue que había visitado a un famoso brujo y entonces...

—Supieron guardar muy bien tu secreto —agrega él, y se sorprende al percatarse de que no hay reproche en su voz.

—Quizá no muy bien: estás aquí.

—No fueron tus familiares quienes me dijeron qué pasaba, sino otra persona.

—¿Quién?

Hay una dolorosa pausa por parte de Gregorio.

—El brujo conocedor.

No da tiempo para que Luisa se sorprenda por las palabras, pues del bolsillo de su chaqueta saca el medallón de oro y se lo entrega a Luisa una vez más.

—Esto es tuyo —dice él mientras ella observa el objeto como si fuera la primera vez que lo hace. Después, como quien no quiere la cosa, lo pasa alrededor de su cuello y deja que cuelgue en su pecho, justo como lo hacía más de un año atrás.

Luisa toma el medallón con una mano y lo observa por un largo rato, hasta que su semblante cambia y, finalmente, ríe por lo bajo, como si acabara de escuchar la broma más divertida del mundo y no quisiera reírse a pierna suelta. Gregorio no entiende el porqué de aquella reacción, así que aguarda con paciencia a que Luisa sea quien hable primero.

—No pensé que esto regresaría a mí.

Él sonríe un poco.

—Yo pensé que estaba perdido.

Luisa suspira y se recarga en el hombro de Gregorio.

La habitación se queda en silencio una vez más. Él aún tiene los dedos entrelazados con los de Luisa, y permanecen así por largos minutos, cada uno pensando, cada uno inmerso en su propio mundo y en sus propios recuerdos. Gregorio piensa en aquella habitación, en las promesas hechas ahí mismo, en las palabras dichas, en el amor que fue evidente un año atrás.

De pronto, Gregorio se da cuenta de algo muy importante: aún ama a

Luisa, pero no de la misma manera como lo hacía antes. No con la intensidad como lo hacía cuando compró el medallón y el anillo de compromiso que quizá sigue guardado en el cajón. Es un amor diferente, un amor nostálgico, melancólico; no tiene manera para explicarlo.

Hay mil cosas que Gregorio quisiera ser capaz de decir en ese momento, pero ninguna sale de su boca. Se pregunta si palabras es lo que Luisa quiere en ese instante, y cree conocerla lo suficiente como para saber que no, que ella prefiere una visita corta, una conversación que se centre en los detalles y no en divagaciones innecesarias. Pero hay tanto que quisiera hablar con ella, tanto que es necesario decir, que el tiempo que esté a su lado será siempre insuficiente, no importa si se trata de diez minutos o un año entero.

Por un momento está tentado a hacer algunas preguntas alusivas al pasado que compartieron. ¿Recuerdas cuando nos conocimos, nuestro primer beso, cuando perdimos la virginidad juntos? ¿Recuerdas cuando tu hermano casi me rompe la nariz porque supo que nos acostábamos? ¿Recuerdas que alguna vez planeamos una vida juntos, casa e hijos incluidos? Pero no las hace.

Luisa se acomoda en la cama con cuidado y Gregorio nota su cansancio. Aunque se mantiene fuerte y aunque no da muestras evidentes de debilidad, la realidad es otra: Luisa está cansada, se le nota en la mirada, en la parsimonia de cada uno de sus movimientos. Gregorio no suelta su mano.

—¿Qué harás cuando me muera?

La pregunta lo toma desprevenido. Sin saber qué responder, boquea como un pez fuera del agua y eso, finalmente, hace a Luisa reír.

—De todas las reacciones que recibo cuando hago esa pregunta, la tuya es la mejor.

—¿Por qué preguntas eso?

Luisa se encoge de hombros.

—Por curiosidad.

Gregorio frunce el ceño, molesto por la pregunta, por la situación; enfadado porque Luisa aún es tan joven y hay mucho que seguramente quiere hacer y podría hacer en otras circunstancias.

—No lo sé —responde al fin.

—Yo sé qué harás —agrega ella—. Seguirás con tu vida, como hará todo el mundo. Regresarás a tu casa, tal vez me recordarás o tal vez no; harás de las tuyas, conocerás a alguien y con el paso de los años, te olvidarás de mí.

—Luisa...

—No digas nada. Ambos sabemos que así será, Gregorio, y está bien. — Ella suspira, cansada—. Está bien.

Un largo silencio vuelve a instalarse entre los dos. El sonido de voces a lo lejos, del movimiento en la casa, de los pájaros cantar afuera, es lo único que los rodea por largos minutos. Al final, Gregorio lleva la mano de Luisa a sus labios y besa sus nudillos con suavidad, con una delicadeza que jamás había mostrado por ella, porque la Luisa de sus recuerdos es tan diferente a la Luisa que está frente a él.

Mientras la mira, piensa en todas aquellas veces en las que debió tratarla con ese cuidado, en las que debió estar junto a ella sólo por el simple gusto de estar a su lado y respirar su aroma. Podría llorar; Luisa también podría hacerlo. Pero no lo hacen y simplemente guardan silencio. ¿Fortaleza o terquedad? Quizá es un poco de ambas. Ambos tuvieron sus diferencias, pero en aquellas dos características, siempre fueron muy similares.

Ella alarga el brazo y acaricia su rostro con la mano. Gregorio cierra los ojos.

—Gregorio —murmura ella.

—¿Sí?

—No vuelvas a visitarme.

Él abre los ojos de golpe.

—¿Por...?

—No quiero que me veas así.

—Creí que no te importaba—. Ella se ríe.

—Hoy ha sido una excepción. Por favor. Si regresas, no seré tan fuerte como hoy.

—Si es lo que quieres...

—Sí, es lo que quiero. ¿Y sabes qué más quiero?

—¿Qué?

—Que no vayas a mi funeral. Quiero que me recuerdes como la mujer con la que estuviste dispuesto a casarte, como una mujer que te amó como ninguna otra mujer te ha amado. Ésa es la versión de mí que quiero que recuerdes. ¿Lo harías por mí?

Gregorio se traga el nudo que se le ha hecho en la garganta y afirma con la cabeza.

Aunque prometió no verla, Gregorio sabe qué es lo que pasa con Luisa. Su padre es quien le da noticias ocasionales sobre la condición de la mujer. Una noche, tan sólo un par de semanas después, alguien llama a su puerta. Con calma, se dirige a abrirla y se sorprende al ver al hermano de Luisa ahí, en el umbral. José lo mira con el ceño fruncido y Gregorio, de alguna manera, sabe por qué está ahí.

—Se ha ido —murmura el joven. Gregorio asiente lentamente y, sin decir nada más, José le entrega un paquete.

Después de unos segundos en los cuales ninguno dice nada, José da media vuelta y se aleja por el camino. Gregorio tiene la impresión de que será la última vez que lo vea a él o a sus padres, o a cualquier persona relacionada con Luisa, su Luisa. Cuando José ha desaparecido a la distancia, Gregorio vuelve a entrar a su casa. Cierra la puerta con calma, y de la misma manera pausada, se dirige hacia la cocina. Coloca el paquete sobre la mesa y lo observa por largos minutos, temeroso y, al mismo tiempo, ansioso por descubrir lo que hay en su interior.

No lo abre de inmediato. Antes de hacerlo, se sirve un trago y no preparado, pero sí decidido, lo abre con manos temblorosas por miedo a saber lo que encontrará en ella.

En su interior están el medallón y el anillo de compromiso que compró para ella años atrás. Verlos es suficiente para accionar un botón en él, y las primeras lágrimas comienzan a caer. Gregorio llora por Luisa, no por lo que no pudo ser entre ellos, sino por ella, porque perderla sí es algo terrible en su vida. Porque fue posiblemente su primer amor, el amor adolescente que pocos olvidan, y porque fue su mejor amiga, aunque las circunstancias los hayan distanciado al final.

Llora por ella y, al cabo de unas horas y unos tragos, sus lágrimas no son sólo por ella y el vacío que deja en su vida, sino por alguien más.

Capítulo 9

Los días en casa pasan con una lentitud inusitada. En ese tiempo, Gregorio se percata de un par de cosas: la primera es que aquella casa ya no se siente como su hogar, sino como un lugar al que llega a dormir de vez en cuando, casi como un hotel, pero sin todas las comodidades de uno. La segunda es que hace más de dos meses que no mantiene contacto, más allá de lo necesario, con las personas a su alrededor.

Es como si todo lo que hizo al regresar hubiese sido parte de un proceso de adaptación nada más, y ahora todo es diferente otra vez. Parece como si Gregorio fuera una versión nueva de sí mismo. No mejor, no actualizada, sólo diferente. Si antes estaba acostumbrado a conversar con alguien, a una presencia ajena, ahora sólo hay silencio y soledad voluntaria, porque hace tiempo que tampoco ha querido visitar a los viejos amigos. Eso claro, si es que aún tiene amigos a quienes visitar.

Ahora tiene otro empleo, el tercero desde su regreso, y aunque su situación es más estable que unos meses atrás, eso no le produce felicidad precisamente. Tranquilidad, claro, la suficiente como para no preocuparse por nada más, ¿pero felicidad? Ese es un concepto extraño ahora.

Al cabo de un tiempo, Gregorio entiende que, por primera, vez está solo, completa y tal vez irremediamente solo. Su casa es demasiado grande para él y el gato que aún no tiene nombre. El minino, por cierto, lo ignora la mayor parte del tiempo. No hay resentimientos por ello; Gregorio tampoco le hace mucho caso. En realidad, el gato es su acompañante, pero Gregorio sólo le llama para darle de comer y beber, y para una caricia ocasional, ahora que hay algo de confianza entre ambos.

Una noche, mientras intenta conciliar el sueño, Gregorio piensa en Renato. En ese momento, se percata de que han pasado ocho meses desde que se fue de su casa y jamás regresó.

Por primera vez puede pensar en él sin sentir aquella presión en la boca del estómago, y también, por primera vez, se da cuenta de que no está molesto por lo del medallón, porque el medallón ya no es importante como antes. Ese pensamiento le hace incorporarse en la cama de golpe. El enfado que sintió aquel día se ha ido del todo; es más, probablemente jamás existió. Fue sólo

una reacción estúpida ante una situación que sí, lo hirió, pero no tanto como pensó que lo había hecho.

Gregorio piensa en Renato y recuerda, por primera vez, la manera como lo echó de su casa, evitando su mirada y con la voz temblorosa. En aquel momento la reacción de Renato parecía propia de la de alguien enojado, ¿pero realmente lo estaba? Se pone de pie y se pasea por la habitación. Repasa uno a uno los recuerdos que tiene de esa ocasión: la espalda de Renato antes de que aceptara que el medallón era el de Luisa, la expresión en su rostro, el milisegundo durante el cual su mirada reflejó algo que, en su momento, Gregorio no quiso comprender pero que lo hace ahora, porque ha visto esa mirada en sí mismo antes. Decepción. Frustración. La mirada de alguien con el corazón roto.

En el silencio de la noche, su voz suena aún más fuerte cuando se atreve a murmurar una maldición.

Más tarde, Gregorio visita la casa junto a la playa. El camino que conoce de memoria le parece eterno y aunque en un par de ocasiones está a punto de dar media vuelta, cuando menos se da cuenta, está frente a la puerta. Intenta imaginar la expresión de Renato cuando lo vea, intenta imaginar, también, las palabras que saldrán de su boca. ¿Será sorpresa o enfado lo que aparezca en su mirada? ¿Será felicidad? Sin pensarlo más, empuja la puerta con suavidad y entra al que fuera su hogar también.

El interior de la choza es tal y como Gregorio lo recuerda. El colchón sigue junto a la ventana, cerca de donde antes estuvo una de las hamacas. La mesa conserva sus dos sillas de madera. Sí, el interior es tal y como lo recuerda, con una sola diferencia: Renato no está ahí. Tampoco está la caja de Pandora que lo llevó a ese momento. Las figuras talladas han desaparecido del piso, las herramientas ya no están. Dentro se ha perdido la calidez propia de un hogar habitado. Aquel lugar tiene semanas de abandono, tal vez meses. Gregorio entra, recorre el espacio que, vacío y solo, se ve más grande de lo que es al vivir dos hombres adultos ahí dentro. Lo recorre con la mirada una y otra vez, casi esperando encontrar rastros de Renato, pero no hay nada.

Aquel lugar está vacío y abandonado desde hace tiempo, y es como si nunca hubiera vivido alguien ahí, como si en esas cuatro paredes no hubiera habido besos y sexo, ni confesiones a media noche o sarcasmos y bromas, como si dos hombres solitarios no hubieran encontrado lo que habían buscado sin darse cuenta de ello.

Pasa la mano sobre la mesa empolvada y camina hasta dejarse caer en el colchón sucio de tierra y algo que Gregorio prefiere no saber qué es. Mira a su alrededor y recuerda el día en que entró por primera vez: lo extraño que fue el hombre que le recibió, la mirada que nunca dejó de intimidarle, al menos hasta que la vio encendida de deseo y quizá algo más.

Recuerda, porque no podría ser de otra manera, el calor que emanaba el cuerpo de Renato cuando tenían sexo, las palabras dichas entre jadeos y las caricias que venían después, tras el furor del momento. Pero, en especial, recuerda lo que nada tiene que ver con el deseo: la voz de Renato cuando le contaba alguna historia, que podía ser propia o la de algún extraño, las sonrisas antes esporádicas y sarcásticas que poco a poco cambiaron por sonrisas sinceras y privadas.

Estar en aquel lugar hace que el recuerdo del día en que se fue regrese con más fuerza que nunca. Casi puede ver a Renato de espaldas a él mientras hablaban de cualquier cosa. Casi puede sentir su presencia en aquel lugar. En algún momento cierra los ojos y no se percata de ello hasta que un golpe en la puerta le hace abrirlos otra vez. Trastabilla cuando se pone de pie y camina hasta la puerta, pero al abrirla, no ve a Renato. En el piso hay una roca y a lo lejos, alcanza a ver a dos niños que corren hacia la carretera.

Gregorio cierra la puerta detrás de sí y, sin mirar atrás, deja la casa por segunda ocasión.

Hace tiempo que Gregorio ha dejado de contar los días pasados desde que dejó a Renato. Hace tiempo, también, que todo lo que realiza es mecánico y monótono. Una tarde de domingo, decide enterrar el medallón y el anillo de Luisa. Es quizá un simbolismo: enterrar el pasado para poder seguir con el presente, pero simbolismo o no, es un hecho que se siente más ligero cuando lo hace. No sólo se siente más ligero desde que decide dejar ir a Luisa, sino cuando comienza a buscar a Renato. Aunque no tiene resultados concretos sobre su paradero, el hecho de finalmente hacer algo para encontrarlo le hace sentir menos inútil que tiempo atrás.

Gregorio pregunta en el pueblo y las respuestas son de esperar: nadie sabe en dónde está. De hecho, nadie recuerda el momento exacto en el que desapareció, sólo saben que un día se fue y que las personas que iban a verlo

se encontraban con una choza vacía, carente de señales de vida reciente. Más de uno lo atribuye a su magia. Hay rumores cada vez más fantasiosos respecto a Renato y Gregorio podría reírse de ellos y hacer una recopilación de los más absurdos para contárselos después, si no intentara encontrarlo desesperadamente.

Ni en el pueblo ni en los poblados vecinos saben en dónde está. Nadie lo ha visto y eso seguramente significa que Renato se fue a mitad de la noche, cuando no había testigos y cuando era más fácil perderse ante la mirada de los escasos desconocidos que llegara a encontrar en su camino. Repentinamente es curioso que Gregorio sepa eso de Renato, su afinidad por la noche, su preferencia para vagar con el cobijo de la misma, pero no lo conozca lo suficiente como para tener una idea clara del lugar en el que se encuentra, pues ¿cómo encuentras a alguien que sabe cuáles son los mejores lugares para esconderse?

Greg se siente como cuando Luisa se ocultó de él, pero ahora es peor.

Aunque la decisión ha sido tomada y está dispuesto a hacer lo posible por encontrar a Renato, Gregorio sabe que hay cosas que no puede hacer, y que son muchos factores los que están en su contra al momento de buscar a Renato. Pregunta en algunos otros lugares y después de unos días de búsqueda, decide mejor esperar a los clientes de Renato en la choza y preguntarles a ellos si saben algo sobre él.

El primero en acudir es un hombre que dice ser de un pueblo vecino. Se le ve decepcionado por no encontrar a Renato, pero tampoco parece muy preocupado por el hecho de que sus preguntas continúen sin respuesta. La segunda en acudir es una anciana. Tampoco en ella hay preocupación, sólo resignación. Cuando Gregorio le pregunta si tiene idea de si existe otro lugar en donde el brujo pudiera recibirlos, ella dice que no. Antes de irse murmura que quizá todo fue una señal de Dios para que no cometiera el pecado de hablar con el brujo.

La tercera persona es un hombre de negocios. No es local y habla en un inglés apresurado que Gregorio entiende casi del todo.

—*He's not here, man* —dice Estévez por tercera ocasión. El hombre no parece muy convencido y pasa junto a él para entrar en la casa.

Gregorio lo sigue en silencio y observa cuando el hombre revisa cada rincón de la casa abandonada sin borrar la mueca de asco en su rostro.

—*I'll be back.*

Es lo que dice el hombre antes de partir. Gregorio ni siquiera intenta ir detrás de él y lo ve alejarse por el camino de terracería.

Es el cuarto en ir, siempre buscando a Renato, quien logra finalmente sacarlo de quicio cuando estalla en cólera y exige saber en dónde está el brujo. Por lo que dice entre gritos, Gregorio comprende que no es un cliente nuevo, sino uno que ha visitado a Renato al menos otras dos veces.

—Necesito saber en dónde está el brujo conocedor. Necesito que me diga más respuestas. No puede desaparecer simplemente porque sí. ¡No puede!

—Pues lo hizo.

—¡Ese maldito brujo no se puede desvanecer sólo porque sí! ¡No tiene ningún derecho a hacerlo!

Por la noche, Gregorio se dirá a sí mismo que su brazo se movió solo y que después del primer golpe, él sólo se defendía de los ataques del otro. Cuando el hombre se levanta del piso, con un ojo comenzando a enrojecer por el golpe y con el labio partido, Gregorio decide ignorarlo. Da media vuelta y deja al hombre hablando y gritando solo, y no presta atención a ninguna de sus palabras, ni siquiera a la piedra que le da en el hombro. Simplemente se va.

Al regresar a casa, la idea de jamás encontrar a Renato pasa por su mente. Organiza los recuerdos que tiene sobre él y sobre las charlas compartidas, y poco a poco reconstruye una especie de mapa de los lugares en los que Renato estuvo antes del llegar a la playa. Entiende que no están todos, porque hubo detalles de su vida que Renato jamás le dijo, pero tiene una idea de en donde comenzar.

Días más tarde, encuentra a una mujer. Está sentada en un parque y se le ve cansada pero no borra la sonrisa de su rostro, como si el hecho mismo de estar ahí sentada fuera razón suficiente para ser feliz. A su lado, el letrero que ofrece una lectura de manos por una módica cantidad luce viejo y desgastado, deslavado por el tiempo.

Gregorio ve a una joven acercarse tímidamente a ella y aguardar con paciencia a que la mujer lea su mano. Cuando la visitante se va, casi media hora después, y antes de que la adivina se ponga de pie, Gregorio se acerca hasta estar frente a ella. La mujer levanta la mirada y le sonrío mientras espera a que hable.

—Puedes tomarte tu tiempo —dice ella y su voz suena increíblemente joven—, algunas personas tardan un poco en animarse a pedir una lectura.

—¿Christelle Annoa?

La mujer le mira con curiosidad. Gregorio se imagina a un Renato más joven ahí mismo, mirando a aquella mujer de expresión misteriosa y mirada sorprendentemente amigable.

—¿Entonces quieres que te lea la mano? —pregunta ella, ignorando el hecho de haber escuchado su nombre en boca de un extraño. Quizá está acostumbrada a ello, por su trabajo. Gregorio duda un poco, pero finalmente asiente y se acerca a ella—. Dame la mano que usas más.

La mujer le extiende la mano izquierda, invitándolo, y Gregorio, tras un momento de duda, le da la suya. Pasan unos segundos mientras la mujer observa detenidamente las líneas de su mano derecha, hasta que, al final, levanta el rostro y observa a Gregorio con suspicacia.

—Tienes mucha vitalidad —dice ella—, y eres orgulloso. Eres del tipo de personas que se deja llevar por las emociones fácilmente, en especial en los momentos de mayor estrés, o cuando te encuentras ante situaciones que no puedes controlar. Eres observador y astuto. También eres rencoroso.

Gregorio frunce el ceño.

—No pensé que esto se tratara de que me dijeras lo que ya sé.

Christelle Annoa lo mira a los ojos y Gregorio siente un escalofrío similar al que sintió la primera vez que Renato lo miró fijamente.

—Tienes roto el corazón —agrega ella sin dejar de verlo a los ojos—. Y le has roto el corazón a alguien más, a una persona a quien estás buscando. .

Gregorio no se sorprende del todo y al final, asiente. Ella aún no suelta su mano y con calma, sin decir nada más, continúa revisándola. Él espera un momento. Recuerda los momentos de silencio de Renato y aunque con ella es diferente (muy diferente), de alguna manera siente que debe respetar su mutismo también.

—¿Por qué has venido a mí? —pregunta ella y, finalmente, suelta su mano—. Vienes de lejos. ¿Tanto te importa buscar a esa persona?

—Sí.

—Significa mucho para ti.

Gregorio prefiere no responder a ese comentario que es más una afirmación que una pregunta. Ella sonrío un poco.

—Lo busco desde hace tiempo —agrega Estévez en voz queda—. Él me habló de ti.

—Es probable, he tenido a muchos clientes. Pero creo que no hablamos de un cliente cualquiera, ¿verdad?

—No. No, definitivamente.

Ella guarda silencio una vez más, perdida en sus propios pensamientos.

—No le doy mi nombre a mis clientes —murmura.

—Lo imaginaba, pero no creo que él lo sepa porque tú se lo dijiste.

Gregorio ve el momento en el que ella ata cabos, y guarda silencio cuando ella asiente casi con solemnidad.

Siente un escalofrío recorrerlo de pies a cabeza cuando la mujer junto a él se siente distinta, casi misteriosa. Es muy cercano a lo que sintió al presenciar el poder de Renato por primera vez.

—Ah, lo recuerdo. No podría olvidar a un niño como él—. Una sonrisa aparece en su rostro y su mirada se pierde en recuerdos—. Pero supongo que ahora ya no es un niño. Han pasado más de diez años desde entonces. Quince, tal vez. Sí, mi hijo aún vivía conmigo —agrega quizá para sí misma—. Él era aún un niño y había visto tanto. Era un niño de mirada tan triste, aunque él mismo no se diera cuenta de ello. Vi en su mano que le romperían el corazón. Has sido tú, ¿verdad?

Hay un momento de comprensión en la mirada de la mujer y Gregorio se siente inexplicablemente expuesto ante ella, como si ella pudiera leer su mente y su alma a la perfección. Tal vez lo hace, ¿cómo puede él saber si no es así? No sería la primera vez que alguien lee su futuro o su mente o su alma... o lo que sea que lean esta clase de personas. Y no sería la primera vez que Gregorio no sabe qué hacer ante tal situación.

—Entiendo —murmura ella cuando el silencio de Gregorio es toda la respuesta que necesita—. ¿Y crees que yo podría ayudarte a solucionar aquel problema?

—No lo sé. No sé qué más hacer. No sé a quién preguntar—. Gregorio se encoge de hombros—. Honestamente ignoro si podrás ayudarme, pero creo que no pierdo nada con intentar.

Ella sonrío.

—No, supongo que no.

—¿Tú sabes en dónde está? —pregunta él con desesperación palpable en su voz. Sabe que esta mujer no es su último recurso, pero está a un paso de encontrarlo, y la negativa lo llevará a perder más tiempo.

—Yo no sé en dónde podrá estar —dice la mujer con voz resignada—. No lo he visto ni he sabido de él desde aquella ocasión hace tantos años.

Gregorio siente que sus esperanzas desaparecen en siete palabras, y está

por dar media vuelta cuando la voz de la adivina lo sobresalta:

—Pero tienes suerte. Las personas como yo y como el hombre a quien buscas, nos reconocemos entre nosotros, y a veces, incluso, si es un buen momento para hacerlo, también nos ayudamos entre nosotros.

—Entonces...

La mujer sonríe con suavidad antes de responder:

—Conozco a un par de personas que quizá puedan ayudarte.

Capítulo 10

La construcción es todo lo contrario a lo que Gregorio espera, en especial después de su experiencia en la choza junto a la playa, que ahora yace abandonada.

La casa no es muy grande ni da muestras de lujo excesivo, pero es definitivamente más rica que la choza ahora abandonada junto a la playa. Sube los escalones que llevan a la puerta principal y justo cuando está por sonar la campana, la puerta se abre. Frente a él se encuentra una mujer pelirroja con los ojos brillantes por el llanto contenido. Los dos se miran con sorpresa por un momento: ella porque no esperaba encontrar a nadie en su camino; él, porque esperaba que fuera otra persona quien le abriera la puerta. La mujer no dice nada, pasa a su lado y camina aprisa hasta llegar al camino.

Gregorio regresa la mirada al interior de la casa. Casi espera ver a alguien ahí, pero la puerta ha quedado abierta y no hay nadie detrás de ella. Nadie hace el intento por cerrarla, tampoco.

Después de respirar profundamente, Gregorio entra en la casa y cierra con cuidado detrás de él. El vestíbulo interior se encuentra vacío y aunque aún es de día, las sombras de los muebles le dan un aspecto casi mágico a un lugar que en apariencia es como cualquier otro. Gregorio camina con cuidado, consciente de que se encuentra en territorio desconocido, y espera en algún momento encontrarse con la persona a quien ha venido a ver dos años después. El pasillo lo lleva hasta una sala que tiene una puerta de cristal que da a un jardín. La puerta está abierta de par en par y por ella entra una corriente de aire. No es una invitación como tal, pero Gregorio decide interpretarla de esa manera.

Los últimos pasos hasta el jardín son distintos a todos los anteriores. De pronto, Gregorio sabe que, si bien no ha sido rechazado del todo, aún falta enfrentar lo último. Pensar en el posible (seguro, inminente) rechazo le hace dudar por un momento. La figura de Renato, sentado debajo de un árbol, es lo único que necesita para sacudirse cualquier pregunta y avanzar hasta él.

Han sido dos años y poco ha cambiado en él. A su alrededor continúa la misma aura misteriosa y serena, y cualquiera que viera a Renato por primera vez sería testigo de una calma como ninguna otra. Pero Gregorio no es

cualquier persona, pues vivió con Renato por un año; tendría que ser un desconocido para no comprender lo que ocurre en ese momento.

Renato luce tranquilo, pero Gregorio reconoce la tensión en su cuerpo y sabe que el hombre frente a él le mira sin verlo realmente, que la serenidad que expresa con su espalda recta y su mirada tranquila, son sólo parte del disfraz: un mecanismo de defensa practicado y perfeccionado con los años. Renato es así después de todo: hermético con lo que siente y piensa realmente, dispuesto a compartir sólo un poco con los demás.

Gregorio acorta la distancia hasta que están uno frente al otro. Mira hacia abajo y Renato hacia arriba, y hay algo erróneo en eso, así que Gregorio se acuclilla frente a él, quien durante esos segundos no ha dicho palabra alguna y se ha limitado a observarle fijamente. Al estar tan cerca, Gregorio se toma tiempo para examinar realmente su rostro. Descubre algunas líneas que no estaban ahí hace dos años, y cuando se percata de que aún recuerda cada detalle de su cara con la misma claridad, piensa en que no tendría por qué sorprenderse por eso. Ha pensado tanto en él, se ha enfocado en recordar cada detalle, que sería extraño si no viera en él al mismo Renato de todo ese tiempo atrás.

De cerca, le nota un poco más delgado y, si es posible definirlo como una característica física, más inescrutable que antes, en especial con su silencio.

—¿Siempre dejas que tus visitas se vayan sin cerrar la puerta?

Renato no responde de inmediato.

—Siempre cierran la puerta.

Su voz, piensa Gregorio, no ha cambiado. Aún habla con la misma seguridad de quien lo sabe todo, en su caso de manera literal.

—Déjame adivinar: eso es algo que simplemente sabes —dice Gregorio y una sonrisa involuntaria aparece en su rostro.

—En realidad —responde Renato—, siempre les digo que cierren la puerta al salir y que sabré si no lo hacen. Eso siempre los asusta, no sé por qué. ¿Cómo me encontraste?

—Buscando en los lugares indicados y haciendo las preguntas correctas a la gente adecuada.

—Ya —murmura Renato sin cambiar la expresión de su rostro—. Tuviste ayuda.

—De unos cuantos psíquicos por aquí y por allá —responde Gregorio con orgullo en su voz y una sonrisa de autosuficiencia en su rostro—, y otros

brujos más extraños que tú. No fue tan difícil dar con tu escondite, ¿sabes?

—No me escondo —agrega Renato con serenidad—. Si mi objetivo fuera ocultarme, créeme que nadie sería capaz de encontrarme. Mi trabajo hace que todo el que sepa hacer las preguntas adecuadas me encuentre. No me oculto porque no tengo necesidad de hacerlo, y mucho menos por alguien como tú.

La sonrisa de Gregorio desaparece poco a poco. Pronto los dos se quedan en silencio una vez más; Renato suspira, baja la mirada y cierra el libro que tiene en sus manos. Sin mucha ceremonia, se pone de pie. Estévez lo imita. Quedan frente a frente, a la misma altura, a un par de pasos de distancia que se sienten más como un abismo que quizá sea imposible atravesar. El silencio prevalece hasta que Gregorio recuerda la razón por la cual decidió buscarlo y abre la boca para hablar. Renato se le adelanta.

—¿Qué haces aquí, Estévez?

Escucharlo hablarle de esa manera hace que Gregorio recuerde cómo eran las cosas antes. Es como si regresaran a esos momentos, durante los primeros días de su relación, cuando Gregorio no confiaba en Renato y Renato no confiaba en Gregorio; cuando eran unos desconocidos, porque Gregorio aún no sabía quién era verdaderamente Renato, ni sabía del tiempo que pasaba mirando al mar o las estrellas cuando es de noche; cuando no entendía que detrás de aquella mirada misteriosa había una historia que, en general, era más triste que feliz.

La diferencia es que ahora Gregorio sí sabe quién es Renato, y sabe cómo luce al dormir profundamente y cómo se ve al despertar o al salir del mar después de nadar por unas horas. Sabe qué es lo que le gusta comer y sabe que no toma ni una gota de alcohol. Sabe de su humor a veces ácido y que el sarcasmo está presente en cada una de sus frases, y sabe el porqué de su cautela hacia las demás personas. Ahora es él, Gregorio Estévez, quien sabe todo de Renato, y regresar a la frialdad con la que le trataba al principio es como un golpe directo al estómago. Se lo merece, es plenamente consciente de eso.

—Tengo un gato.

Renato enarca una ceja por lo absurdo del comentario, en especial en un momento como aquél. Gregorio se da cuenta de lo mismo y se aclara la garganta antes de continuar:

—Es decir, vine a verte.

—Pensé que no querías verme otra vez.

El recuerdo está ahí, las palabras dichas aquella noche de hace dos años regresan con más fuerza que nunca. Gregorio se toma unos segundos para responder y cuando lo hace, cree ver por un momento la mirada de aquel Renato que le contó su historia, la mirada del hombre que escuchó la suya. Es un instante que parece una ilusión.

Renato suspira, cansado.

—Está bien —murmura, y suena tan resignado que Gregorio siente un escalofrío. Levanta el rostro y lo mira directamente a los ojos—. ¿Qué es lo que quieres saber ahora?

Gregorio frunce el ceño, confundido.

—¿Qué te hace pensar que quiero saber algo?

—Por favor. ¿Por qué más habrías venido? ¿Qué otra razón te habría hecho buscar a un hombre al que odias tanto como lo haces?

—Yo no te odio.

Renato sonríe con amargura.

—Cualquiera juraría que sí, después de lo que me dijiste. ¿Quieres que te lo recuerde? Ya sabes, lo que dijiste después de que descubriste el medallón e hiciste tus propias conjeturas. Dijiste que habías cometido un error al ir a buscarme, que habías cometido un error al enredarte conmigo. Tus palabras, no las mías. Dijiste que te sentías asqueado después de descubrir que...

—Sé lo que dije.

Ambos se quedan en silencio otra vez. Renato asiente. Tiene los labios apretados en una fina línea y los puños apretados con fuerza. Toda la calma que irradiaba minutos atrás se ha perdido por completo. Gregorio no sabe qué más decir. El Renato que está frente a él es distinto al que recuerda y, no obstante, lo entiende. Entiende su enfado y entiende que aún está herido por lo que ocurrió dos años atrás. A pesar de todo, aunque el visceral siempre ha sido él, posee la fuerza para mirar a Renato con la calma de quien ha tenido tiempo para reflexionar y sabe que ha cometido un error, pero está dispuesto a enmendarlo.

—Tienes razón —murmura—. Vine porque quiero saber algo.

—¿Y qué es lo que quieres saber? —pregunta Renato.

—Así no es como funciona tu magia.

—Así funciona contigo y lo sabes.

—De acuerdo. —Gregorio asiente y se queda en silencio una vez más. Es frustrante porque jamás una conversación con Renato se había sentido así:

llena de falsa cortesía y con pausas que ninguno de los dos puede evitar—. Es cierto que quiero saber algo, Renato.

—¿Y qué es?

—Hace casi tres años te visité por primera vez. Conocía la historia de un hombre que, por sus pactos con fuerzas oscuras, era capaz de saber cada detalle y secreto de las personas a quienes conocía. Me parecía ridículo, nada más que folclor, después de todo era algo tan estúpido que seguramente sólo eran historias tontas. Hasta que la mujer a la que amaba visitó a ese hombre y ella se fue un par de días después, sin decirme por qué. Así que decidí visitarlo yo también, porque seguramente él sabía qué era lo que había ocurrido con ella y podría darme las respuestas que buscaba.

—Pero no fue así —murmura Renato.

—No, no fue así.

Renato suspira otra vez. De pronto, todo el enfado y el sarcasmo y la dureza en su expresión desaparecen por completo para darle paso a otra cosa. Resignación, tal vez.

—¿A dónde quieres llegar con todo esto, Estévez?

—Tú sólo escucha por una vez, ¿de acuerdo? —responde Gregorio y sabe que la mirada de Renato dice que juzga cada movimiento suyo y cada palabra suya—. ¿En dónde estaba?

—¿En el momento en el que terminas de contar tu historia y te vas?

—Ah, ya recordé —sigue Estévez, ignorando por completo a Renato—. Me encontré con el famoso brujo conocedor de secretos y lo odié como nunca sólo por el hecho de decir lo que yo ya sabía, pero no quería escuchar. A pesar de ello, regresé a su puerta unas semanas después. Ni yo mismo entendía mi comportamiento. Qué diablos, me dije. La primera vez que lo visité todo me tomó por sorpresa y no pude hacer muchas preguntas que realmente quería que me respondiera. Así que decidí visitarlo constantemente, con la intención de saber más de Luisa y quizá escuchar la verdadera razón por la que se fue, comprender por qué me había dejado—. Hace una pausa para tomar aire—. Voy a decir esto porque necesito que lo escuches y lo creas: jamás imaginé que, en el transcurso de un año, olvidaría que Luisa era la mujer de quien me creía enamorado y que me daría cuenta de que lo que sentí por ella no se comparaba con lo que sentía por aquel hombre. Ese al que todos llaman brujo porque no lo comprenden y no saben que, detrás de esa máscara de eterna serenidad, hay un hombre solo y herido, que puede hacer mucho por su cuenta

y no necesita a nadie para sobrevivir, pero que es más feliz cuando hay alguien a su lado. Así que, sí, Renato, he venido porque quiero pedirte perdón y saber algo. ¿Podría estar a tu lado una vez más?

—¿Por qué? —La voz de Renato suena tan débil que por un momento Gregorio cree haberla alucinado, hasta que repite su pregunta, con un poco más de fuerza.

—¿Es que no escuchaste todo lo que te dije? —pregunta Estévez con irritación.

—Lo escuché —asegura Renato—, pero no entiendo por qué.

—No es necesario entenderlo, Renato.

—No, Gregorio, necesito entender. Necesito entender por qué quieres estar junto a alguien como yo. Porque sabes bien que no soy sólo Renato, el hombre, soy Renato, el brujo. Y eres consciente de lo que ello implica. Comprendes tan bien como yo que algún día este poder mío y todos los secretos que guardo, propios y ajenos, me van a consumir. No puedo simplemente creer que alguien quisiera ser testigo de ello.

—Pues entonces tienes un problema muy grande de fe, porque eso es precisamente lo que yo quiero.

—Hace tiempo que olvidé mi fe —responde Renato.

—Y por un momento yo olvidé lo insufrible que eres —exclama Gregorio con voz irritada mientras mira al cielo, como si quisiera encontrar una respuesta ahí—. Eres insufrible e irritante y eso debería ser razón suficiente para no querer besar tu estúpida boca y pasar mi vida contigo, pero no lo es.

—¿Qué?

Gregorio lo mira una vez más y es justo en ese momento en el que sus palabras lo alcanzan. Su rostro se colorea un poco, pero eso no le hace huir la mirada de Renato. Es más, parece que ahora lo mira con más seriedad que antes, como para reafirmar lo dicho anteriormente y corroborar que aquello que ocurre no es producto de su imaginación. Gregorio no debe repetir la confesión para que Renato sepa que no se arrepiente de decirlo. Y, extrañamente, se siente más ligero que antes, y eso le da la serenidad para no huir la mirada de Renato, para permanecer con la frente en alto y el alma libre de dudas.

Por primera vez Gregorio es capaz de sostenerle la mirada a Renato, es capaz de ver aquellos ojos sin inmutarse; y por primera vez descubre todas las emociones que Renato oculta todo el tiempo. Lee en su mirada las ansias de

creer en lo que dice, y también ve la duda, el temor a ser herido una vez más. Ve la determinación para dejarlo ir otra vez si finalmente decide no darle otra oportunidad a lo suyo, sea lo que sea.

Gregorio sabe, con sólo ver a Renato a los ojos, que si se va de aquella casa con una respuesta negativa, será para no volver.

Al cabo de un rato, Renato respira profundamente.

—Fueron dos años —murmura.

—Lo sé.

—¿De verdad te sientes de esa manera?

—¿Dudas de mí?

—Sólo me parece extraño —explica Renato; aún no luce convencido—. Todo este tiempo... La última vez que nos vimos no tuvimos una charla agradable. Te lo dije anteriormente: sé que me odias. Así que, para mí, tus palabras no tienen ningún sentido.

—Tus poderes no funcionan conmigo.

Renato cierra los ojos por un momento, como si hiciera un esfuerzo por comprender todo lo que escucha en ese momento.

—¿A qué quieres llegar? —pregunta.

—Tú me dijiste una vez que las dos brujas a quienes conociste cuando eras joven coincidieron en que habría una persona con la cual tus poderes no funcionarían y que esa persona sería importante en tu vida.

—Sólo una de ellas era bruja...

—Como sea —interrumpe Gregorio, y Renato podría enfadarse por ello, pero está cansado y sólo quiere que esa charla termine de una buena vez, de la forma como deba hacerlo. Gregorio continúa—: Así que puedo asegurarte algo: estás equivocado. No sabes que te odio, crees que lo hago, y eso es diferente. No te odio, Renato, incluso si lo que pasó hace dos años te hace pensar que sí.

—Te fuiste, Greg. Me rompiste en pedazos y me dejaste vacío.

La respuesta a esa verdad llega después de un silencio incómodo:

—Lo sé.

El tiempo se detiene sólo para ellos dos. El mundo, por el contrario, sigue girando. Ambos son conscientes de la forma en la que se miran, son conscientes del cosquilleo en las manos, de esas ganas de acortar la distancia de una vez por todas y olvidar lo que ocurrió antes, de perdonar, incluso, el daño que se hicieron mutuamente, de manera intencionada o no. Pero si la vida

fuera tan sencilla como eso, menos personas vivirían con el corazón roto. Son conscientes, por tanto, de que aún hay un muro invisible que los separa y que no desaparecerá tan fácilmente.

Cuando Gregorio levanta la mirada y se encuentra con los ojos verdes de Renato —que muchos aborrecen, pero para él son los más bellos del mundo—, entiende algo: aquel hombre, con su terrible pasado y su soledad, es lo más cercano a la definición de “amor de su vida”, y eso es algo que jamás va a cambiar, no importa lo que ocurra después de aquella conversación.

—Me han lastimado en muchas ocasiones —murmura Renato, y por primera vez, habla sin mirar a Gregorio de frente—. Y no hablo de algo físico. Me han herido, pero nunca así. Tú eres el único que me ha herido de esta manera.

—Renato...

—Por ser lo que soy y como soy —le interrumpe Renato—, nunca he tenido a alguien cercano. Las relaciones humanas siempre han sido para mí un misterio y, en cierto sentido, algo que se sentía prohibido. Entonces llegaste tú. De alguna manera, todo lo que creía de las personas resultó ser cierto y falso al mismo tiempo, y descubrí qué se siente cuando alguien te importa, cuando sabes que por esa persona harías lo impensable. Y, Gregorio, también descubrí lo que se siente cuando alguien a quien amas rompe tu corazón. Así que no puedes culparme por ir con tiento y no saltar a tus brazos incluso después de lo que has dicho. Me heriste, Gregorio, y para alguien como yo, esa es la peor de las traiciones.

—Lo sé.

—¿Y vienes aquí esperando que te acepte en mi casa, y no sólo en mi casa, en mi vida, así nada más? No soy el mismo de hace dos años.

—No pierdo nada con intentar.

—Y dices que el insufrible soy yo.

Pese a la molestia evidente en sus palabras, Gregorio sonríe. Es en ese momento cuando el hombre que se encuentra frente a él es realmente Renato, el brujo con el que compartió un año de su vida, al que conoce tan bien que sabe cuándo miente y cuándo en su rostro normalmente impasible amenaza con aparecer una sonrisa. Aquel que conoce más que a cualquier otra persona.

—Es muy pronto para decidir. —Gregorio frunce el ceño y está por reclamar cuando Renato se le adelanta al añadir, sin mirarlo directamente—: Pero tal vez podrías venir mañana y el día siguiente y el siguiente, hasta que,

sin percatarme de ello, formes parte de mi vida otra vez.

Renato pasa junto a Gregorio y se dirige al interior de su casa. Al entender la invitación implícita, Greg sonríe con la sinceridad que pocas veces adquiere su rostro y camina detr as de  el.

Epílogo

Renato abre los ojos al sentir el sol colarse por su ventana. Se mueve en la cama buscando una posición lo suficientemente cómoda como para que su cuerpo vuelva a relajarse hasta el punto de la inconsciencia, pero es inútil: el sol y el calor del día son razones suficientes para no conciliar el sueño una vez más. Al cabo de unos segundos, el calor se hace más intenso cuando siente el cuerpo de Gregorio acercarse más a él. El sonido de su respiración lo acompaña durante los primeros minutos de la mañana y no pasa mucho tiempo para que escuche un maullido desde la puerta de la habitación.

Gregorio gruñe y tarda algunos segundos en despertar. El gato emite otro maullido y Gregorio vuelve a gruñir; se cubre el rostro con un brazo, luchando por no salir de la tierra de los sueños, no aún. Renato sonríe, aunque esté acostumbrado a verlo así, por ser espectáculo recurrente en su vida desde hace algún tiempo. Observa al hombre junto a él: su torso fuerte, las sábanas que apenas cubren la mitad de su cuerpo desnudo. Por un momento está tentado a recostarse a su lado una vez más, cerrar los ojos y dejar que el sueño los venza por segunda ocasión, pero aquel día hay obligaciones por cumplir.

El gato vuelve a maullar desde la puerta. Es sólo cuestión de segundos para que su maullido se vuelva más insistente y salte a la cama para exigir atención, pues en eso es similar a Gregorio. Sin borrar la sonrisa de su rostro, Renato sale de la cama y de la habitación. El sonido de un radio que Gregorio insistió en comprar lo acompaña durante los primeros minutos de su rutina matutina: acaricia al gato, disfruta sus ronroneos, y se dirige a la cocina a preparar el desayuno de ese día.

Es tan increíble que esa rutina, tan familiar después de cuatro años, no le fastidie ni deje de ser sorprendente. Es increíble, también, que todo lo que ocurre en su vida sea algo sacado de una historia con final feliz y que eso, en vez de incomodarle, sea lo más normal del mundo.

Unos minutos después, Gregorio lo acompaña en la cocina. Bosteza y aún tarda en emitir respuestas coherentes a los escasos comentarios de Renato, quien después de todo ese tiempo aún prefiere los silencios apacibles que dicen más que las palabras, pero es más porque así es su carácter, no porque no quiera hablar con el hombre con el que comparte su vida.

—¿Tendremos visitas hoy? —pregunta Gregorio mientras saca sus tazas para tomar algo de café.

Renato se detiene por un par de segundos y finalmente asiente ante la pregunta. En silencio, continúa enfrascado en su labor de preparar el mangú para el desayuno.

—Una mujer y su hijo —dice al fin.

—¿Serán preguntas fáciles?

Cuando Renato levanta el rostro, ve que Gregorio ha dejado ambas tazas sobre la mesa y ha acortado la distancia entre ambos. Está prácticamente frente a él y lo observa fijamente, sosteniéndole la mirada como es capaz de hacerlo desde tiempo atrás.

—Depende —responde al fin. Gregorio frunce el ceño.

—¿De qué?

—De a qué te refieras con “fáciles”—. Suspira—. Sabes que las preguntas que me hacen nunca lo son.

Gregorio lo mira con intensidad. Renato ve el momento en el que los recuerdos de su primer encuentro pasan por su mente, y opta por guardar silencio.

—¿Te harán sentir mal?

Renato tarda unos segundos en responder:

—Tal vez.

Gregorio entonces toma su mano y besa sus nudillos. Renato siente que sus mejillas se encienden y que su pulso se acelera y es ridículo porque aquello no tendría por qué provocarle aquellas sensaciones. Pero es quizá la inocencia y la devoción en aquel gesto lo que más lo asombra y le hace sentir el hombre más afortunado del mundo. No hace comentario alguno, al menos no por ahora, aunque tiene las palabras en la punta de la lengua.

—Me quedaré contigo mientras los escuchas —dice Gregorio.

—No es necesario.

—Tal vez no, pero necesito que sepas que estaré ahí, contigo.

—Sí, eso ya lo sé.

Gregorio se encoge de hombros.

—No está de más repetirlo de vez en cuando.

Renato le sonrío y regresa su atención al desayuno, mientras escucha a Gregorio pelear con el gato, así como ocurre todas las mañanas.

Renato sabe muchas cosas, siempre las ha sabido. Sabe cosas sencillas

que nadie le ha enseñado, y también otras más complicadas, que la mayoría de las personas desconocen. Es lo que le ha brindado el apodo de “brujo conocedor de secretos”. Si es un don, un poder o una maldición, aún no lo tiene claro, no después de tantos años, ni después de tantas visitas y tantas preguntas respondidas. Pero eso no importa. Hoy en día sabe algo, no gracias a su poder, sino por experiencia, y eso es lo más importante: ahora sabe qué es la felicidad.

Agradecimientos

Desde su comienzo, hasta la etapa final, esta historia ha estado llena de cambios. Todos ellos fueron hechos con el afán de volverla una mejor historia de lo que era en un principio, en los primeros borradores. Quizá el más importante de esos cambios es que *La verdad tras los secretos* fue, en su origen, un texto bien diferente, con otros personajes, una historia un poco distinta a la que se encuentra en estas páginas y un objetivo completamente distinto.

Cuando pensé que esta historia tenía potencial para ser algo más, vino un proceso un poco extraño para convencerme a mí misma de que hacer esto valía la pena, que al fin había llegado el momento para dar el paso y comenzar a publicar mi obra (en este mundo de la autogestión que parece ser el mejor medio para los escritores noveles). Debo admitir que, cuando comencé a escribir *La verdad tras los secretos* (casi un año antes de decidirme a publicarla), no pensé que me enamoraría tanto de ella, de sus personajes y de todo lo que ocurre en sus páginas, y ahora, tiempo después, me siento orgullosa de decir que ésta es mi primera novela.

Como ocurre en muchas otras historias, gran parte de lo que es ahora no habría sido posible sin la ayuda de otras personas. Algunas estuvieron ahí, aguantando mis lloriqueos cuando sentía que la historia no tenía pies ni cabeza (porque llegó un momento en el que así fue). Otras fueron quienes, con sus palabras, me animaron a arriesgarme a dar el paso y, finalmente, publicar esta novela corta.

Gracias a Riyel por ser la primera persona en leer esta historia cuando recién la saqué del horno, y mostrarme en dónde estaban muchos de los primeros errores que corregí en este texto, todo en grandes conversaciones por tumblr. Gracias a Maye, por animarse a leer esta historia pese a no tener idea de qué era lo que iba a encontrar; gracias por disfrutar de mis historias sin importar de qué y de quién trataba, y por decirme un par de comentarios que me hicieron sentir menos inepta.

Muchas gracias a Van, por leerlo a la medianoche y parte de la madrugada, y por escribirme observaciones que sirvieron muchísimo para ultimar detalles. Gracias, también, por emocionarse tanto como yo con las

partes más importantes de esta historia, porque nunca está de más tener a alguien con quien *fangirlear*.

Gracias infinitas, también, a mi querida Andrea: cuando le hablé sobre esta historia (llena de nervios, porque aprecio mucho su visión crítica), le dije que no sabía si debía publicarla o no. Al enviarle este texto, le pedí que fuera “brutalmente honesta” con él, y no sólo me dijo que valía la pena publicarlo, sino que, sin pedírselo, se tomó el tiempo de corregir muchos de mis errores.

Quiero también agradecer a dos personas especiales en mi vida: a Kat por ser la hermana que escucha mis ideas locas y por ayudarme con mis proyectos, aunque insista que me dedico a hacer sufrir a los demás con lo que escribo. Gracias, también, a Ed, porque, incluso si no siempre escucha mis historias o entiende y comparte mis locuras, está ahí para apoyarme de manera incondicional cuando le pido su ayuda en lo relacionado con ellas.

En especial, aprovecho este espacio para darle las gracias a Edith por todo: por su amistad, por su tiempo, por su bello trabajo, por las palabras de aliento, por el último empujón que necesitó esta historia y, en especial, por siempre inspirarme a ser mejor persona.

A todas, de verdad: muchísimas gracias.